

ADOLFO COZZI

ESTADIO NACIONAL



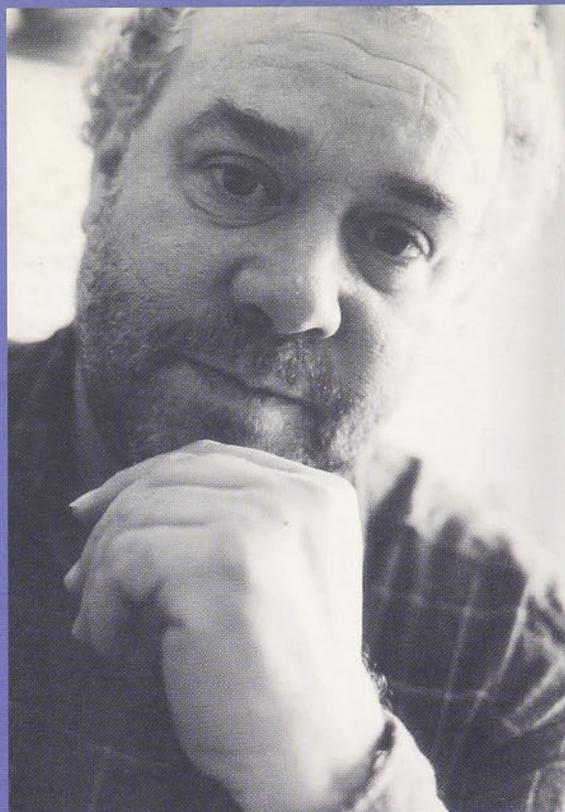
BIBLIOTECA NACIONAL



00810070

Edito

na



Fotografía: Alfredo Méndez

ADOLFO COZZI FIGUEROA (1954), con estudios de pedagogía en castellano, dirección de televisión en la Universidad Católica de Chile y cine (cursados en Vincennes, París), fue también actor de la mítica compañía teatral El Aleph. Entre 1988 y 1998 se ha desempeñado como libretista de televisión, escribiendo guiones de programas educativos (TELEDUC), de humor y de teleseries.

Es autor de los textos teatrales *Obras, prohibido el paso al público*; *El alma de Chacabuco*, y de los relatos *Encuentro con una mujer y un hombre notables: en París con Marceline Lordan y Joris Ivens*, y *White Spirit* (en preparación). Ha escrito las novelas *No invocaré tus ojos en vano* y *Pabellón 18, casa 89*.

503927

10M (129-29)
30)

ESTADIO NACIONAL

COMPTON ELECTRONICS

ESTADIO NACIONAL

FEDERACION SUDAMERICANA

CRÓNICAS Y TESTIMONIOS

ESTUDIO NACIONAL

ADOLFO COZZI FIGUEROA

ESTADIO NACIONAL

EDITORIAL SUDAMERICANA

Diseño de portada : Patricio Andrade
Motivo de portada : Fotografía anónima, 1973
Fotografías de interior: Gentileza del Centro de Documentación-COPESA
Documentos visuales cedidos por el autor
Diseño de interiores : Andros Ltda.

© 2000, Adolfo Cozzi Figueroa
© 2000, Editorial Sudamericana Chilena
Santa Isabel 1235 - Providencia
Santiago de Chile
Fono: 274-6089 / Fax: 223-6386
E-mail: sudchile@edsudamericana.cl
ISBN 956-262-110-3

INDICE

*Dedico este libro a don Óscar Fenner Marín,
militar y distinguido hombre público, coautor del
Código de Justicia Militar, quien puso las manos al
fuego por mí, y probablemente me salvó la vida.*

*Mi más sincero agradecimiento, también, a la
señora Catalina Vodanovic, cuya preocupación por
mi suerte fue la de una segunda madre.*

*El Infierno
pág. 31*

*Epilogo
pág. 101*

PÍNDICE

Prefacio

pág. 11

El arresto

pág. 15

El infierno

pág. 31

Epílogo

pág. 101

Alberto Cruz Fariñas

PREFACIO

EN ESTE LIBRO se relatan los hechos que viví y de los que fui testigo durante el tiempo que estuve injustamente prisionero de las Fuerzas Armadas. Permanecí en el Estadio Nacional desde el 27 de septiembre de 1973 hasta el 11 de noviembre del mismo año, sin que jamás se me haya imputado ningún cargo. Además he incluido el testimonio de mi amigo Marino Lizzul Coppe, quien me lo transmitió en la ciudad de Turín, Italia, el año 1978, y que está contenido también en la denuncia que él hizo ante el tribunal Russell en abril de 1974.

Si la relación de los sucesos que viví y presencié puede tener una impronta, ésta es la de un riguroso apego a la verdad. No alteré, no omití nada importante, ni inventé nada. Incluso a costa de sacrificar un justificado pudor personal.

Sólo aspiro a que estas páginas aporten un grano de arena a la reconstitución de la memoria de la magna tragedia histórica que vivió mi país.

ADOLFO COZZI FIGUEROA

Santiago de Chile, septiembre de 2000

El atrevido

– *La idea de la pesadilla. La idea de que aun en la tierra se puede llegar a pasar una temporada en el infierno.*

– *La idea de Rimbaud.*

DIÁLOGOS ÚLTIMOS

Jorge Luis Borges y Osvaldo Ferrari

– ¿Quién podrá ver? – ¿Quién podrá ver el mundo? –

– Tal vez la veritas que nos encontramos.

– No se ve nada. El mundo está vacío. – Había herido y
yo llegaba, no?

– Cuando abrió la puerta y se volvió a abrir, porque que
momentáneamente no había nadie, desde la penitencia de la escuela
energía con cuatro carabineros con fusiles ametralladora,
apuntándole al pecho y a la cabeza.

– ¿Qué más hay en el departamento? – preguntó uno
de ellos.

– Un amigo.

– ¿Dónde está?

- En lieu de la parole. En lieu de
que tout est de l'être se peut dire à
peut une réponse en le regard.
- En lieu de l'homme.

En lieu de l'homme
Jorge Luis Borges y César L. S. S.

El arresto

A LAS 4.30 DE la tarde del día jueves 27 de septiembre de 1973, llegamos Lizzul y yo a su departamento en la calle San Antonio. Habíamos acordado subir los dos, y mi primo hermano, Roberto, nos esperaba en el automóvil, un Austin Mini. Apenas entramos, Lizzul comenzó a llenar dos maletas con sus pertenencias personales: ropa, libros y rollos de película fotográfica en los que había registrado gran parte de los tres años del gobierno de la Unidad Popular. Yo estaba en la pieza contigua al living cuando sonó el timbre.

—¿Quién podrá ser? —Lizzul miraba por el ojo mágico.

—Tal vez la vecina que nos oyó entrar.

—No se ve nada. El pasillo está a oscuras. ¿Había luz cuando llegamos, no?

Cuando abrió la puerta y se asomó afuera, porque aparentemente no había nadie, desde la penumbra de la escalera emergieron cuatro carabineros con fusiles ametralladora, apuntándole al pecho y a la cabeza.

—¿Quién más hay en el departamento? —preguntó uno de ellos.

—Un amigo.

—¿Dónde está?

–En el otro cuarto.

–Llámallo.

Oí las voces, el movimiento, me oriné en los pantalones, y no sé por qué, como un autómatas, empecé a dirigirme al living. Uno de los carabineros estaba de espaldas y se volvió bruscamente con el arma al sentir mi presencia. Me miró sorprendido del descuido en que él había incurrido: otro que no fuera yo, alguien armado, y él no habría sobrevivido. Asimismo, con terror tardío, después pensé que nunca hay que sorprender a alguien cuando está armado. Pudo haberme lanzado una ráfaga.

De la sorpresa, el carabinero pasó a la ira y me ordenó levantar las manos:

–¡En la nuca! ¡En la nuca!

–¿Hay alguien más? –gritó otro.

–No –respondió Lizzul.

–¿Estás seguro?

–Sólo estamos los dos –afirmó.

–¿Y en el baño?

–No hay nadie.

Inspeccionaron la cocina y el baño con cautela. Confirmaron que no había nadie más y cambiaron abruptamente el trato.

–¡Manos sobre la nuca! ¡Contra la pared! ¡Las piernas abiertas!

Nos pateaban los tobillos para que abriéramos aún más las piernas.

–Conque estaban escapando, ¿ah?

Nos golpearon en las costillas con las culatas de los fusiles. Voltearon nuestros bolsillos y revisaron todo lo que teníamos: agendas de teléfono, billetes, papeles, fotos, el pasaporte de Lizzul. Nos requisaron los cigarrillos y los fósforos.

–¡Tírense al suelo! ¡Boca abajo! ¡Las manos en la nuca!

–Mire, señor... –trató de explicar Lizzul.

–¡Al suelo, dije! –de un violento empujón lo arrojó al piso–. ¡Manos a la nuca!

–Señor... –musitó Lizzul.

–¡Tú no hablas nada! ¡Te quedas callado! ¡Ustedes no hablan!

Insistían en patearnos los tobillos. Me reconfortó de alguna manera estar boca abajo, así escondía la mancha de orina que había mojado mis pantalones. Hoy me sorprende haber tenido una preocupación tan trivial en ese momento.

–¡Más abiertas esas piernas!

Entraron otros dos carabineros al departamento. Entre ellos, un oficial.

–Conque estos dos son los pájaros –dijo.

–Estaban listos para volar, mi teniente –agregó un carabinero.

–No estábamos escapando –quiso aclarar Lizzul.

–Ustedes creen que nosotros somos imbéciles, ¿no? –preguntó el teniente–. Acto seguido nos llovieron patadas.

–Señor oficial, nosotros... –volvió a tratar de explicar Lizzul.

–¡Cállate la boca, mierda!

Tirados en el piso, paralelos a un sofá, con la frente apoyada en el parqué, las manos en la nuca, las piernas abiertas, oímos cómo revisaban el departamento. Arrojaban todo al suelo. Sobre dos frazadas que habían sacado de las camas cayó toda la biblioteca, un centenar de libros, muchos de ellos de ideología marxista –*El Capital*, las *Obras Completas de Lenin*, el *Diario del Che*–, y algunos técnicos de cine y fotografía.

–¡Linda la fogata que vamos a hacer con toda esta porquería!

–Señor –le dije–, son libros de cultura general.

–¿Cultura general?! –vociferó el carabinero poniéndome una bota en la cabeza y golpeándome con la culata del fusil en las costillas.

–Claro –intervino Lizzul–, son libros que usted, que cualquier persona podía comprar en las librerías.

–¡Cállate la boca te dije, mierda! –gritó el teniente, mientras otro carabinero le recorría la espina dorsal con el cañón del fusil, presionándole la cintura, los glúteos, las piernas, repitiendo después el mismo recorrido hasta la nuca, el cuello, la boca, la nariz.

–¿Tienen armas escondidas? –preguntó el teniente–. ¿Dónde están las armas?

–No hay armas aquí –dijo Lizzul–. Nunca ha habido armas.

–¡¿Dónde están las armas?! –gritó el teniente, dándole una patada en los riñones.

–¡No hay armas aquí, no hay, no hay armas, ya les dije, no hay armas!

–¡Ustedes han estado disparando desde aquí todos estos días!

–¡No, señor –se defendía Lizzul–, desde aquí nadie ha disparado!

–Mejor me dicen dónde están las armas, porque si nosotros las encontramos los vamos a ejecutar tal como al del Austin Mini.

“Roberto –pensé–. No puede ser que lo hayan matado”.

Con las manos me apreté la nuca, sentí que el piso y yo éramos una sola cosa, respiré profundamente, no quería creerlo.

“Muerto, 20 años, y muerto. Hace una hora él me decía: –¿qué problema puede haber con sacar los libros de la casa de Lizzul? Y Lizzul: –No te preocupes, todo va a salir bien”.

–¿Qué pasó con Roberto? –pregunté.

–Así es que se llamaba Roberto, ¿ah?

–¿Qué le hicieron? –insistí.

–Trató de arrancar y le aplicamos ley de fuga.

Me resistía a aceptarlo. No podía ser cierto. “¿Por qué Roberto iba a tratar de escapar si no tenía nada que esconder?”

–¿Quién vive aquí? –preguntó el teniente.

–Yo –respondió Lizzul.

Entonces comenzaron a romperlo todo. Artesanías, discos de Violeta Parra, Inti Illimani, Víctor Jara, litografías enmarcadas del pintor Balmes fueron cayendo hechos añicos al suelo. Dieron vuelta las camas, los sofás, levantaron la alfombra y de algunas partes sacaron el parque.

–¿Qué es esto? –preguntó el teniente–. En sus manos tenía uno de los cuatro tambores de película de 16 milímetros, en blanco y negro, de 100 pies cada uno, que Lizzul había filmado durante el último año de gobierno de la Unidad Popular. Trató de levantar la cabeza para ver qué era lo que el teniente tenía en sus manos pero una bota se la aplastó violentamente contra el piso.

–¡No mires!, ¿oíste? ¡No mires o te reventamos los sesos!

–¿Aquí no hay nada? –preguntó el oficial, que había abierto el tambor y miraba el celuloide tratando de ver alguna imagen–. ¿Fue fotografiada esta película?

–Sí –respondió Lizzul–. Pero usted la acaba de velar.

–¿Y qué es lo que había en ella?

–El cerro Santa Lucía, la iglesia de San Francisco, el Parque Forestal, algunas niñas... –mintió Lizzul, porque lo que había filmado allí era la visita de Fidel Castro a Chile y el tercer aniversario de la Unidad Popular, el 4 de septiembre de 1973.

–¿Cómo se llaman? –resonó otra voz.

–¿Quiénes?

–Las niñas, las niñas que filmaste.

–Cómo voy a saberlo. Las filmé en la calle.

–¿En qué calle?

–En el centro, en el Parque Forestal...

–Señor –intervine yo–. ¿Puedo hablar?

–¿Qué quieres?

–Déjeme explicarle. Nosotros no somos extremistas. Yo soy estudiante de pedagogía en castellano en la Universidad Católica y hago clases en un vespertino que funciona en el colegio San Pedro Nolasco. La mayoría de mis alumnos son carabineros. Si usted habla con el mayor Godoy, de la Tercera Comisaría, él le puede dar referencias mías.

Estaba sucediendo un milagro: nos escuchaban.

–Señor –intervino Lizzul–. Yo soy camarógrafo profesional. Soy ciudadano italiano. En mi consulado están al tanto de mi presencia aquí en el país. Ahí está mi pasaporte.

El oficial hojeó el pasaporte.

–¡Así que ahora es italiana la mierda esta!

–Señor –traté de proseguir–, estoy seguro de que ustedes van a entender que están cometiendo un error.

–Con lo que encontramos aquí es suficiente para reventarlos.

–Pero, ¿qué han encontrado? Libros marxistas, de acuerdo, pero...

–Y esto, ¿qué es esto? –rugió el teniente.

Miré de soslayo y vi que agitaba en su mano un manual de guerrilla urbana del movimiento uruguayo Tupamaro.

–¡Se vendía en los quioscos de diarios, señor oficial! –exclamó Lizzul.

–Sabes una cosa, italiano de mierda, ahora te vas a callar, desde ahora no hablas una sola palabra más, o yo me voy a encargar de callarte para siempre.

Le puso el cañón del fusil ametralladora en la boca y lo miraba con un rictus de burla mezclado con desprecio. Trans-

currieron algunos minutos de silencio absoluto. Iban y venían por el salón y el cuarto. Lizzul sentía la boca impregnada de pólvora.

Oímos que llegaban más carabineros. Hablaban en voz baja entre ellos.

—¡Vamos! —surgió de pronto una voz perentoria—. ¡Párense con las manos en la nuca! ¡Vamos a bajar por las escaleras y al primer movimiento sospechoso les volamos la cabeza!

—¡Ojalá traten de escapar como el del auto! —dijo otra voz—. ¡Con las ganas que tengo de echarme otro huevón al pecho!

Bajamos lentamente los siete pisos. En la puerta del edificio nos esperaba un furgón negro y blanco de carabineros que en ese tiempo llamaban “cuca”.

Nos ordenaron meternos de cabeza, boca abajo, sobre los libros, los rollos de celuloide y los discos quebrados.

Durante veinte minutos la cuca dio vueltas por calles del centro de la ciudad. Se detuvo en un semáforo. Un peatón preguntó la hora y el carabinero que iba de pie en la parte trasera respondió que eran las cinco con veinte minutos. Comenzaba a llover cuando llegamos a nuestro destino. Estábamos en la calle Santo Domingo. Alcancé a ver una placa adosada al edificio en que entrábamos: 1^a Comisaría de Santiago. Carabineros de Chile.

Nos bajaron del furgón y nos hicieron entrar corriendo hasta una sala ubicada a mano derecha después de la puerta de entrada.

—¡Vamos, por aquí! ¡Aquí no más! ¡Al suelo, al suelo! ¡Manos a la nuca! ¡Piernas abiertas! ¡Más abiertas!

Nos pegaban patadas y culatazos.

—¡Comunistas!

—¡Marxistas!

Toda la dotación de la comisaría se hizo presente para darnos la “bienvenida”. Eran más de veinte. Entre ellos se congratulaban e inventaban versiones de cómo nos habían capturado en un nido extremista. Hablaban de refriega, de disparos, de enfrentamiento, de fuga. De pronto callaron y circularon entre nosotros sin hacer ningún ruido, como si caminaran en la punta de los pies. Afuera llovía. De bruces, pegado el cuerpo al piso de locetas, húmedo y frío, con los ojos cerrados oía la lluvia y el pasar de los automóviles por la calle mojada.

Entonces Lizzul gritó. Fue un alarido que desconocí, un quejido terrible que provino de las entrañas, de la boca del estómago, y que lo hizo retorcerse, encogerse, hacerse un ovillo.

—¡Ponte las manos en la nuca, no te muevas!

Ingresó a la sala otro grupo de detenidos. Con un alivio sin límites reconocí la voz de Roberto. Más tarde mi mirada se cruzaría un instante con la de Lizzul y sonreiríamos.

Habían detenido también a un uruguayo.

—¡Éste es tupamaro! ¡Aquí tenemos a un tupamaro!

—Yo no soy tupamaro. Soy periodista. Ya les mostré mi credencial.

—¡¿Cómo que no eres tupamaro?! ¡Todos los uruguayos son tupamaros!

Lo golpeaban tanto que me pareció que el trato que yo había recibido antes fue privilegiado. Entraron unos pasos enérgicos y todas las botas taconearon cuadrándose.

—¡Éste! ¿Por qué está aquí? —se oyó una voz apremiante pero bonachona.

—Por ratero.

—Conque ratero, ¿ah? ¡Toma! —lo molió a culatazos.

—¿Y éste?

—Ladrón y cogotero.

–Cogotero, ¿ah? ¡Toma! –lo pateó–. No gritas, ¿ah? ¡Toma! –lo patearon entre varios hasta que gritó–. ¡Ves, huevón, que sabías gritar! ¿Cuántos años tienes?

–Dieciocho –respondió el delincuente.

–Denle dieciocho patadas más. ¿Y éste?

–Marxista.

–¡¿Marxista?! Conque marxista, ¡¿ah?! ¡Toma mierda! –le dio un tremendo puntapié en las costillas a Roberto–. ¿Y este otro?

–También. Comunista Internacional.

Lizzul recibió una andanada de golpes. Un carabinero se le subió encima y comenzó a saltar sobre su espalda. Con el cañón del fusil le daba estocadas en los muslos.

–¿Y éste?

–Tupamaro. Lo encontramos con esto en el bolsillo –dijo mostrándole el manual de guerrilla urbana que habían encontrado en el departamento de Lizzul.

–¡Eso no es cierto, señor! ¡Ese libro no es mío! ¡Yo soy periodista! –dijo el uruguayo.

–¿Me estás diciendo mentiroso?

–No, señor...

–¡Cállate, mierda! ¡Ya estás reventado!

–¿Y éste? –se refería a mí. Y lo preguntó al mismo tiempo que con la punta de la bota me tanteaba entre las piernas.

–Marxista. A estos tres los agarramos juntos.

Entonces recibí una feroz patada en el perineo. No supe cómo mi cuerpo reaccionó más veloz que mi conciencia y me puse en pie de un salto. Mis ojos se clavaron en los del carabinero que me había golpeado, y grité con todas mis fuerzas:

–¡¿Por qué me golpea?!

El carabinero desvió la mirada, bajó la cabeza, dio media vuelta y se escabulló avergonzado. Lo había reconocido: era uno de mis alumnos en el vespertino. Tenía unos cin-

cuenta años, pelo canoso, bajo de estatura, torso ancho y piernas cortas. Yo lo recordaba perfectamente bien por un incidente que él había protagonizado. Una noche, después de una prueba importante, se quedó después de la hora de clases, y mientras yo arreglaba mis papeles fue a hablarme:

–Señor –me dijo mirando al suelo–. Me fue mal. Le ruego que me perdone, pero no pude estudiar. Por favor, yo no puedo reprobar. De este curso depende mi promoción. Tengo mujer y tres hijos.

–Todavía no le puedo decir nada –le respondí sin lograr encontrar sus huidizos ojos–, porque tengo que corregir primero las pruebas. En todo caso, mi intención no es reprobar a nadie, si le fue mal ya buscaremos la forma de salir adelante con la materia.

Cuando revisé su prueba me di cuenta del problema: era casi analfabeto. ¿Cómo había llegado hasta ese curso que correspondía a cuarto año de enseñanza media? Mi mayor logro fue que escribiera juzgado con zeta y no con ese, mayor con i griega y no elle, y que le pusiera acento en la i a cuantía. De todos modos, nunca tuve que tomar la decisión de aprobarlo o rajarlo porque el golpe de Estado interrumpió nuestra labor docente y a este profesor se lo llevaron preso.

Sin que nadie me dijera nada volví a ponerme boca abajo en el suelo y ya no me golpearon más. Después de unos minutos un carabinero fue a buscarme.

–Sígueme.

Me llevó hasta la oficina del oficial de turno, un sargento gordo con cara de niño grande que se encontraba detrás de un escritorio sobre una tarima, de manera que había que hablarle para arriba y él lo miraba a uno hacia abajo. Me sentí disminuido. Dos metros más allá, un civil tecleaba a máquina.

–¿Usted es profesor?

–Estudiante de pedagogía en castellano, señor. Hago clases en el vespertino San Pedro Nolasco a carabineros de su dotación.

–¿Y cómo se metió usted en esto, señor? –me miró con grandes ojos inquisitivos y soñolientos.

El trato respetuoso me dio esperanzas. De esa forma me trataban todos mis alumnos carabineros, los que por una cuestión de jerarquía, a pesar de que yo se los pedí, se negaron a tutearme. No importaba que yo fuera sólo un muchacho de 18 años cuando empecé a hacerles clases, tuviera el pelo largo y motudo, estilo Jimmy Hendrix, y unos cuantos pelos de barba incipiente que me dejaba crecer con la esperanza de verme un poco mayor.

–¿Metido en qué, señor sargento?

–Libros, libros marxistas.

–Pero esos libros estaban a la venta en cualquier librería.

–Malo que hayan estado a la venta, señor.

–Usted comprenderá que es normal que un profesor tenga libros de todas las materias.

–No de todas, señor...

Hizo una seña y, mientras bostezaba tapándose la boca, le indicó a un carabinero que me llevara de regreso a mi puesto.

–Está cometiendo un error –le dije.

–El error lo cometió usted, señor...

Cuando ya íbamos saliendo oí la voz del civil que tecleaba a máquina.

–¿Qué le pongo, sargento?

–Póngale profesor marxista leninista. ¡El siguiente!

Cuando volví pude ver a Roberto, a Lizzul y al uruguayo. Un carabinero tenía la cabeza de Lizzul aplastada contra el suelo y estaba tratando de sacarle el reloj con pulsera de oro. Otro carabinero revisaba los bolsillos del uruguayo.

—¿Y estos dólares? ¿De adónde los sacaste? ¿Dónde los robaste, tupamaro ladrón?

—Los traje del Uruguay, y no soy tupamaro. Soy periodista. Ya vieron mis documentos. Soy periodista acreditado.

—Todos los uruguayos son tupamaros, ¿tú eres uruguayo?

—Sí, señor.

—Entonces eres tupamaro.

Inmediatamente después llevaron a Lizzul en presencia del sargento. Lizzul trató de hacer valer su condición de italiano pero el sargento, después de escuchar atentamente sus argumentos refregándose los ojos, sólo le hizo notar que había que ser bien huevón para ser italiano y caer preso por política. Le confiscó la fotografía de una amiga que aparecía en traje de baño tomando sol en una playa, y lo mandó de vuelta a su lugar.

—¿Qué le pongo, sargento? —preguntó el civil.

—Agitador marxista internacional.

Permanecimos todavía una media hora perfectamente inmóviles contra el piso para no dar motivo a que nos golpearan, hasta que comenzaron a llamarnos por nuestros nombres. Respondíamos pero ellos simulaban no identificar de qué cuerpo provenía la voz.

—¿Dónde estás, dónde estás? —repetían.

Y al levantar nosotros la mano o la cabeza para indicarles nos daban culatazos con el pretexto de que no debíamos movernos. Reían y se alternaban con cada uno de sus prisioneros para repetir la gracia.

—Bien, levántense ustedes cuatro: los tres marxistas y el tupamaro. Ahora pónganse de rodillas con las manos en la nuca y caminen de rodillas hacia la salida.

Todos los carabineros habían formado un callejón hasta la puerta. De rodillas, con las manos en la nuca y en fila

india avanzamos recibiendo la “despedida” del personal completo: patadas y culatazos. Afuera continuaba lloviendo. Los peatones se paraban para vernos cruzar la vereda. Un poco más allá estaba estacionado un bus Mercedes Benz de color verde. Nos hicieron ponernos de pie.

–¡Corre, corre ahora, te puedes salvar! –gritó un carabini-
nero.

–¡Escápate! –gritó otro-. ¡Te llevamos donde los solda-
dos! ¡Te van a matar!

Subimos al bus y nos ordenaron tirarnos en el pasillo sobre otros prisioneros que ya se encontraban ahí. Después pusieron encima nuestro una escalera por sobre la cual circulaban los carabineros. Uno de ellos pasó lista de los funcionarios policiales encargados del traslado:

–Miranda, Godoy, Orbegoso, Molina, Correa...

Lizzul repetía mentalmente los nombres una y otra vez para no olvidarlos jamás: “Miranda, Godoy, Orbegoso, Molina, Correa...”

–Está bien –dijo el carabini-
nero–, estamos todos.

–¡Vámonos!

El bus partió. La cabeza de Lizzul se bamboleó y rebotó contra el piso metálico, por lo que tuvo que buscar las franjas de goma dispuestas para que los pasajeros no resbalen y apoyar la frente contra una de ellas. Por mi parte, un travesaño de la escalera me presionaba en la región cervical y cada vez que un carabini-
nero pasaba por encima mío veía luces de todos colores. Traté y logré reptar unos cuantos centímetros para que el travesaño se apoyara en mi espalda. Circulaban sobre nosotros repartiendo los consabidos culatazos, patadas e insultos.

–Tupamaro, ¿sabes rezar? –aulló uno-. ¿Sabes rezar el Padrenuestro? ¡Reza porque vas a morir! ¡Reza!

–Padre nuestro que estás en los cielos –comenzó a rezar el uruguayo–, santificado sea tu nombre...

–¡Más rápido!

–...vénganos tu reino, hágase tu voluntad...

–¡Más rápido!

–...en el cielo como en la tierra, el pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos...

–Perdóname por todos los carabineros que he matado –lo corrigió uno de los carabineros.

–Perdóname por todos los carabineros... No, señor, yo no he matado ningún carabinero. Soy periodista.

–¡Cómo que no has matado a ningún carabinero! ¡Todos ustedes van a morir! ¡Recen! ¡Recen, mierdas!

Entonces nos pusimos a rezar en coro y, mientras estábamos rezando, el bus se detuvo, se apagó el motor, y apenas tuve tiempo de discernir el sonido que hacen los cerrojos al ser cargados los fusiles cuando sobrevino la descarga, lenta, irreal, con un estruendo sordo que se repitió en un eco interminable que a mí me pareció estaba más allá de todas las cosas, de la noche, del silencio de muerte que se abatió después.

“Será que estoy muerto”, pensé, porque no sentía nada ni oía ni veía nada, ni nada me dolía y el silencio era total. Sin embargo, pasado un lapso de tiempo para mí nebuloso, se oyeron unas risotadas, el motor del bus volvió a ponerse en marcha, se reanudaron las idas y venidas de los carabineros sobre la escalera, sólo que ahora en silencio y ya sin golpes ni patadas. Yo ya no sentía el peso cuando pasaban por encima mío: circulaban como fantasmas. La lluvia repiqueaba en el techo del bus. Por las ventanillas abiertas entraba el típico frío de una tarde helada con olor a humo y eucalipto. Y aunque nunca supe si aquello había sido sólo un simulacro o habían matado realmente a alguien, cuando luego bus-

qué una imagen que describiera lo que me pasó en esos momentos –la sensación de enajenamiento, de no estar allí–, encontré lo que bien expresaba mi percepción: los grandes mutilados de guerra a los que un obús les ha arrancado de cuajo una pierna, más tarde vuelven a “sentir” el miembro ausente como si realmente aún lo poseyeran. Así me sentía entonces y a veces ahora también: como si me hubiesen arrancado de la vida, del mundo, de la forma natural y espontánea de vivir. Si bien aún estaba vivo, algo mató en mí el terror.

Como Lucario a nuestro destino, la guerra del horror, el dolor, los grandes dolores y contusiones. No me dejaron y me dejaron de pie en el momento de ser noviazgo, desgracia del bag con las manos en la cara y correr por el callejón que naturalmente había formado los camiones para darme otra otra “despedida”.

Estábamos en el Estadio Nacional. Fuimos vestidos por un oficial y por soldados del ejército en la puerta principal. Ellos nos condujeron hasta la entrada del nivel superior que da acceso a las camarines.

La primera visión que tuve del lugar, acompañada siempre de la sensación de irrealidad que no se me ha quitado nunca más, fue la siguiente: un poco más allá de donde estábamos había una barra metálica que se abalanzaba horizontalmente al suelo y en ella, colgado, un preso con el torso desnudo y con los pies descalzos recibía los golpes de un capataz del ejército de la Fuerza Armada, el cual parecía estar estropeado por un golpe con un punching bag. Ni el colgado pronunciaba ni un solo quejido ni el amador lo cuestionaba. Era un castigo brutal que se desarrollaba en el más estricto silencio. A los golpes cortos y rápidos, que apenas tocaban la piel pero que

El infierno

CUANDO LLEGAMOS a nuestro destino, la puerta del bus se abrió. Oíamos órdenes y contraórdenes. Nos mandaron ponernos de pie en el momento de ser nombrados, descender del bus con las manos en la nuca y correr por el callejón que nuevamente habían formado los carabineros para darnos ahora otra “despedida”.

Estábamos en el Estadio Nacional. Fuimos recibidos por un oficial y por soldados del ejército en la puerta presidencial. Ellos nos condujeron hasta la entrada del túnel interior que da acceso a los camarines.

La primera visión que tuve del lugar, acompañada siempre de la sensación de irrealidad que no se me ha quitado nunca más, fue la siguiente: un poco más allá de donde estábamos había una barra metálica que se alzaba tres metros del suelo y en ella, colgado, un preso con el torso desnudo y con los pies descalzos recibía los golpes de un corpulento oficial de la Fuerza Aérea, el cual parecía estar entrenándose como con un punching bag. Ni el colgado prorrumpía el más leve quejido ni el aviador lo cuestionaba. Era un pugilato unilateral que se desarrollaba en el más estricto silencio. A los golpes cortos y rápidos, que apenas tocaban la piel pero que

hacían columpiarse el cuerpo cada vez con mayor impulso, les sucedía un puñetazo certero y seco que lo frenaba.

No lejos de la entrada, tras un pupitre, estaba instalado un suboficial que debía anotar en un gran libro el registro de nuestros nombres y asignarnos un lugar. Debimos sumarnos a la cola, una larga doble fila de detenidos que también esperaban turno para ser inscritos.

Nos custodiaban ocho soldados con fusiles ametralladora y otro que desde la puerta apuntaba permanentemente sobre nosotros el cañón de una ametralladora punto 30. En un instante, pestañeó la luz y después se apagó, sumiéndonos en una oscuridad total:

–¡Nadie se mueva!

Oímos que pasaban el cerrojo de los fusiles.

–¡Nadie se mueva! –gritó de nuevo un soldado–.

Nadie se movió. Durante treinta largos segundos nadie respiró. Reinó un silencio absoluto. No se sentía volar una mosca cuando, desde muy lejos, se oyó el pop pop pop de un generador eléctrico que se ponía en marcha, y la luz, aunque más débil, regresó.

Miré a Roberto. Terminaba de espirar el aliento antes contenido.

–Si alguien se hubiese movido –me dijo–, no sé lo que habría pasado.

“Nadie se movió porque en la oscuridad y en el silencio, los muertos no se pueden mover”.

Miré hacia la barra donde pendía el colgado. Ya no estaba. Se lo habían llevado en el lapso que duró el apagón. Tal vez ya muerto.

“Qué idea tan extraña –me dije–, es como si no la hubiese pensado yo”.

Llegó mi turno frente al suboficial de ejército.

—¿Nombre?

—Adolfo Cozzi Figueroa —escribió en el libro con cuidada caligrafía.

—¿Edad?

—19 años.

Anotó después mi fecha de nacimiento, estado civil, profesión, cédula de identidad, domicilio, nombre de mi madre y de mi padre, ocupación de este último:

—Médico.

—¿Ambos viven?

—No —respondí—, mi madre murió.

Escribió en el libro con mayúsculas: DIFUNTA.

Examinó después mi cédula de identidad, corroboró los datos, me la devolvió y me indicó que me uniera al grupo que se encontraba al final del corredor, casi en la boca del túnel subterráneo por donde salen los jugadores a la cancha y donde ya se encontraban Lizzul, Roberto, el uruguayo y un interventor de industria apellidado Molina.

El lugar estaba mojado y desde el exterior soplaba una fría corriente de aire que venía del túnel. El periodista uruguayo se paseaba descalzo, con la mirada perdida detrás de unos gruesos lentes. Daba la impresión de ser alguien que acababa de despertarse sin saber en qué sitio se encontraba y que no lograría nunca averiguarlo. Lizzul se acercó a él y le dio unas suaves palmadas en el hombro.

—¿Te sientes muy mal? —le preguntó—. ¿Cómo te llamas?

El periodista lo miró largamente a través de los lentes empañados.

—Ah —dijo al fin—, sos vos, el ciudadano italiano. Me llamo Gabriel. ¿Qué tal? ¡Pero qué duro nos han dado! —exclamó— ¡Qué duro! ¿Querés fumar? Tengo cigarrillos. ¡¿Cómo no me los han quitado?!

Y mientras nos ofrecía un cigarrillo se acercó a nosotros un preso con cara de lumpen. Parecía que le hubieran

rapado la cabeza con tijeras de cortar el pasto. Era bajo, macizo y tenía unos ojos inquietos que miraban a todas partes sin mirar a ninguna en especial. Llevaba un pantalón naranja “pata de elefante” y una camisa floreada. En la espalda tenía bordado un corazón azul con la palabra LOVE en su interior.

–¿Qué pasó con tus zapatos? –le preguntó a Gabriel.

–Me los quitaron los carabineros.

–¿Qué número calzas?

–41.

–Si me das unos cigarros te consigo zapatos.

–Sí, sí, seguro, ¿cuántos quieres?

–Cinco.

Gabriel le dio cinco cigarrillos, el pato malo hizo un gesto con la mano de “ya nos vemos”, y se dirigió de vuelta a su grupo. Eran unos quince, todos con el pelo cortado al rape, muy jóvenes. Tenían un aire de ingenuidad, de estar en su propio mundo. Miraban moviendo sólo las pupilas, con la cabeza inmóvil. Estaban echados uno al lado del otro en posición fetal, cada cual con la cara apoyada en el muslo del siguiente, a modo de cabecera. Se turnaban para que hubiera siempre uno despierto, y ése miraba, miraba constantemente para todos lados.

Después de observarlos un rato, me di cuenta de que los soldados estaban dando permiso para ir al baño y lo solicité. Uno de ellos me señaló la puerta N 3 –camarín N 3 del lado norte–. El camarín tenía veinticinco metros cuadrados y en él había hacinados unos ciento veinte prisioneros. Me quedé en el umbral de la puerta porque no había espacio donde colocar los pies. Al fin, uno de los presos me dijo:

–Pasa por encima nomás.

Pasé entremedio de muslos, pies, glúteos y espaldas, tratando de hacerme lo más liviano posible. Intentaba no pisar

a nadie pero era inevitable. Ninguno protestó. Había presos durmiendo hasta sobre las rejillas en altura donde se colocan los bolsos deportivos. El que estaba sentado en la tapa del W.C., dormitando, al adivinar mis intenciones, me dijo:

–¿La corta o la larga?

–La corta –respondí.

Se levantó y se quedó esperando apoyado en la puerta abierta. Yo tenía tantas ganas de orinar y sin embargo no sabía nada. Hice fuerzas, pujé, traté de concentrarme, pero nada, ni una sola gota, estaba absolutamente bloqueado. Transpirando, fingí haber terminado y volví a mi lugar. Como si todo lo que había pasado hasta entonces fuera poco, tendría que pasar la noche entera con la vejiga hinchada, con tremendas ganas de orinar.

Al cabo de un rato, el lumpen, luego de conferenciar con la banda, de ir y venir subrepticamente por distintos sectores, regresó con unos zapatos.

–¿De dónde los sacaste? –le preguntó Gabriel.

–No te preocupes –le respondió–, el dueño ya no los va a necesitar. Pruébatelos. ¿Te quedan bien?

–Sí.

–Entonces confórmate ahora que los tienes.

Ubicados en las partes más secas del piso de tierra mojada, tratamos de acomodar nuestros adoloridos cuerpos. Afuera seguía lloviendo y desde el techo del túnel caían hilos de agua. Lizzul se sentó con la espalda apoyada en un pilar de cemento, fumando en silencio. Roberto miraba fijamente un punto, preocupado tan sólo de que no le sobreviniera ahora un espantoso dolor de muelas que venía sintiendo desde hacía algunos días. Yo me tendí de espaldas y cerré los ojos. Pensé en algo pero olvidé inmediatamente en qué había pensado. Traté de recordar aquello olvidado y me di cuenta de que soñaba. Quise moverme y no pude. Quise abrir los

ojos y no pude. Quise gritar, llamar a Lizzul, a Roberto, y no pude. Era la pesadilla.

Y de la pesadilla no se podía despertar.

—¡Por el corredor vienen los compañeros de las ollas grandes! —oí la voz de Lizzul.

—¡Levantarse todos! —gritó un soldado.

Traté de incorporarme pero el cuerpo no me respondió. Estaba anquilosado, me dolía todo, hasta el último hueso. No había tomado conciencia de la golpiza del día anterior. Los golpes en realidad no duelen mucho cuando llegan; el cuerpo acusa recibo después. Además, tenía la vejiga a punto de reventar. Debí concentrarme para conseguir moverme. Por fin me puse de pie y fui hasta la cola que se estaba formando para el baño. Rogaba mentalmente que el aparato urinario no me jugara otra mala pasada. Ahora, el mismo camarín estaba más vacío y en un rincón había tres mujeres. Las habían arrojado allí durante la noche. Luego supe que los presos les habían preparado una cama sacrificando algunas de sus frazadas, y continuamente les procuraban tranquilidad y obsequios —un pan, un cigarrillo—. Ello contradecía la actitud que los carceleros pensaban tendrían los detenidos con ellas, violación en masa, algo así. Uno de los descubrimientos más sorprendentes que hice durante mi estadía en prisión fue enterarme de que, por el solo hecho de haber ido a parar allí, los militares nos consideraban una cáfila de la peor especie.

Me dijeron que me diera prisa porque las damas iban a usar el baño dentro de poco y a nadie se le permitiría acercarse. Esta vez pude cerrar la puerta del W.C. pero con espanto comprobé que de nuevo no podía orinar. Hice un gran esfuerzo mental, cerré los ojos, invoqué toda la voluntad disponible para tratar de serenarme y al fin empezó a salir un delgado chorro que fue creciendo en fuerza y volumen. De-

duje que no tenía ninguna lesión interna pues el color era normal. Al terminar, limpié con agua la mancha de cuando me hice en los pantalones. Me preocupaba tremendamente que se sintiera olor a pichí. Antes, mientras me esforzaba por orinar, pensé: “de la incontinencia a la total continencia”. Algo se había desajustado en mi cuerpo; de alguna manera no controlaba ese esfínter.

Y en la noche no había conciliado el sueño. Pasaba abruptamente de despierto a dormido, como si mi cuerpo hubiese renunciado por sí mismo, en un solo instante, aun antes de que yo cerrara los ojos, a seguir en vigilia. ¿Qué tan cerca estaba eso de lo que llamamos morir?

Al salir del camarín y regresar al lugar en que estábamos, con la cara lavada y el pelo mojado, me puse en la fila junto a Lizzul. Pronto recibí un tazón azul con café de higo que sacaban de una gran olla de aluminio, y un pan. Ese sería el desayuno de todos los días.

Comprobamos que tenía un sabor raro. Algunos empezaron a decir que era piedra alumbre.

—Claro —dijo un señor de lentes—, para mantenernos pasivos.

—Para que no nos vayamos a excitar.

—¿Excitar?

—¡Excitarse, compañeros, excitarse!

—¡Con las ganas que tengo de excitarme!

Las primeras risas salieron a relucir aminorando la tensión acumulada.

Aún no acabábamos de comernos el pan cuando llegó un oficial que nos hizo formar en tres filas y, bajo la vigilancia de algunos soldados, nos llevó por el corredor hasta una puerta lateral por donde ingresamos a las graderías del campo deportivo. Me llamó la atención el verde brillante del pasto —esa mañana había sol y cielo azul—, evoqué la emoción que sentía de niño cuando salían los jugadores al campo, oí los gritos de las barras, el pitazo inicial del árbitro (en las pichangas de

barrio yo era Carlos Campos...). Entonces, en cada esquina de la cancha había una banderola que siempre me obsesionó cuando chico, porque no entendía cómo no le molestaba al jugador cuando lanzaba el córner. Ahora, en cambio, había una metralleta punto 30 servida por dos soldados tirados de guata en el pasto. Nos instalaron en la tribuna, a un lado de la marquesina. Frente a nosotros estaba la puerta de la Maratón; a la derecha, el marcador, y a la izquierda, el sector norte. Ahí, en la parte superior, separados de los demás prisioneros, ubicarían unos días después a “El Cabro” Carrera y algunos de sus hombres. Se decía que “El Cabro” era un connotado narcotraficante de nuestro país, que manejaba importantes negocios de cocaína, que tenía deudas pendientes con la justicia americana. Después se corrió el cuento –nunca supe si fue verdad o no– de que “El Cabro” había mandado llamar al comandante del estadio, el coronel Espinoza, le había dado un manojito de llaves y le había dicho:

–En tal parte hay un automóvil de tal marca, tenga, es suyo.

No me consta, pero lo que sí fue cierto es que “El Cabro”, durante los días que estuvo detenido en el estadio, fue un privilegiado. Mientras nosotros debíamos conformarnos con un pocillo de porotos o de lentejas al día, él recibía una gran cantidad de paquetes. Lo veíamos a él y a su grupo preparando meriendas, bebiendo y comiendo a distintas horas del día.

La mañana estaba húmeda y fría. El cielo amenazaba lluvia. Todos los presos andábamos envueltos en la frazada gris –obsequio de la República Federal Alemana– que nos habían asignado. Algunos compartían una entre dos tratando de abrigarse. Calculamos que éramos siete mil prisioneros.

A unos veinticinco metros a nuestra derecha se encontraba el micrófono desde el cual llamaban para que se presentaran los presos en el disco negro, frente a la marquesina, en la pista de ceniza. El disco negro era como un signo provisorio de tránsito, pintado de ese color. Durante toda la mañana, asistentes sociales, damas de la Cruz Roja y oficiales de distintas armas del ejército estuvieron llamando por los parlantes a los detenidos, convocándolos a ese lugar.

—El detenido Gregorio Mimica Argote, presentarse de inmediato en el disco negro.

Según le explicó a Roberto una asistente social, quien le había conseguido tres aspirinas con las que intentaría mantener a raya el dolor de muelas, ser llamado al disco negro podía ser aviso para retirar una nota de los familiares, un paquete, la visita del cónsul para los extranjeros. Omitió que también podía ser un llamado para ir a interrogatorio, ser incomunicado o trasladado a lugar desconocido.

Lizzul advirtió que algunos prisioneros, quienes en el transcurso de la mañana habían ido al baño, pudieron entregarle mensajes a asistentes sociales o damas de la Cruz Roja. Él no se sentía bien. Casi no se había movido de su asiento. Fue lentamente al baño. Saliendo de éste por el corredor superior que circunvala las graderías, se topó con un oficial del ejército que conversaba con una señora sobre el caso de su hijo preso. El mayor la alentaba diciéndole que no se preocupara, que todo iba a salir bien.

“Caramba, buena persona este militar” —pensó Lizzul, que se había detenido a prudente distancia para hablar con él—. El oficial se dio cuenta de su intención y después de despedirse de la señora, agradecida, se acercó a Lizzul y le preguntó si deseaba decirle algo.

—Sí, señor —contestó Lizzul y le explicó entonces que quería ver a alguna asistente social.

-¿Te encuentras mal?

-Más o menos, señor.

-¿Cuándo te han traído?

-Ayer.

-¿Te ha visto el médico?

-No.

-¿Quién te trajo al estadio?

-Carabineros de la 1ª Comisaría. A mí y a dos amigos.

-¿Los han tratado mal? ¿Les han pegado?

-Sí, señor.

-No es posible, hasta cuándo estos animales van a seguir así, no puede ser, ya hemos tenido bastantes problemas con ellos sobre sus tratos con los detenidos, pero continúan. ¿Cómo te tratan los soldados?

-Bien.

-¿Algún soldado te ha maltratado?

-No, señor, nos tratan bastante bien.

-¿Qué es lo que necesitas?

-Que usted pudiera hacerme llegar hasta alguna asistente social o dama de la Cruz Roja para que ellas entreguen esta nota en mi embajada.

-La señora que estaba aquí es asistente social. También tiene un hijo preso. ¿De qué nacionalidad eres tú?

-Italiano.

-Bien, vamos a la oficina de la Cruz Roja.

Caminaron por el corredor pasando cerca de la marquesina donde estaba instalado el micrófono e ingresaron a una oficina improvisada, a unos cuarenta metros del sector que nos habían asignado. Seis enfermeras de la Cruz Roja conversaban animadamente, cada una tenía debajo del brazo un cartón de cigarrillos Monza. Tres de ellas eran bastante mayores; las otras, jóvenes pero feas. El oficial se dirigió a la más madura:

–Isabelita, mira, este muchacho necesita atención médica, y además, comunicarse con su embajada. Mejor que te explique él.

–Sí, a ver, cuéntame –se dirigió a Lizzul–. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Entonces te lo dejo –dijo el oficial–. Encárgate de él.

–Sí, sí, no te preocupes.

–Gracias, Isabelita.

Lizzul le explicó entonces a la enfermera quién era él y con qué objeto se acercaba a ella. En ese momento tuvo la impresión de que a la tal Isabelita le molestaba su presencia, pero le dijo que no se preocupara, que haría llegar su nota a la embajada.

–¿En qué camarín estás? –le preguntó.

–Todavía no nos han asignado camarín –respondió Lizzul, detallándole después en qué sector nos encontrábamos.

–¡Pero tú estás muy lejos de tu sitio! –exclamó Isabelita.

Lizzul replicó que eso no era efectivo y le mostró por la ventana el lugar donde estábamos quienes habíamos llegado la noche anterior.

–Bueno, anda para allá, yo me encargo de tu problema.

Lizzul le dio las gracias y salió. Vi que venía bajando las graderías casi contento y de inmediato nos comunicó a Roberto, a Gabriel y a mí lo bien que le había ido. Ahora sí tenía esperanzas de que fuese el cónsul y lo sacara de ese campo de prisioneros. Irradiaba optimismo, intercambiando impresiones sobre la posibilidad de irnos pronto. Eran las cuatro de la tarde. Escuchamos entonces por los parlantes una voz grave:

–El ciudadano italiano Marino Lizzul Coppe, debe presentarse inmediatamente al disco negro bajo la marquesina.

Lizzul no lo podía creer. ¡El cónsul había llegado! ¡Dentro de unos minutos estaría fuera del estadio! Comenzó a

recibir encargos de otros detenidos para sus respectivos familiares: no te olvides de avisarle a..., decirle a..., llama a la embajada uruguaya de parte de..., ¡no te olvides de nosotros! Recibía estos mensajes mientras bajaba lentamente las gradas y trataba de memorizarlos despidiéndose de todos. Lo vimos llegar a la pista de ceniza y ponerse frente al disco negro. Se le acercó un soldado. Lizzul le dijo que lo habían llamado por los altoparlantes.

—¡Entonces levanta la mano para que sepan que estás aquí! —le espetó el soldado.

Lizzul levantó alternativamente los brazos, pasaron varios minutos y nadie iba por él. El altoparlante transmitió nuevamente su nombre. Advirtió que el llamado no lo hacían desde el micrófono que se hallaba en la marquesina sino desde alguna de las casetas donde los locutores transmiten los partidos de fútbol. Trataba de localizar la voz. Mantenía un brazo levantado y aprovechaba para despedirse de nosotros. Por fin, desde la tribuna presidencial salió al campo de juego un boina negra —1.80 de estatura, pelo rubio ensortijado, bigotitos—. Iba serio, con ademanes marciales. En la mano derecha llevaba una pistola.

—¿Tú eres Marino Lizzul Coppe?

—Soy yo.

Le mostró la pistola, sopesándola.

—¡Ponte las manos en la cabeza! ¡Camina al pasillo! ¡Ahora pon las manos en la pared, las piernas abiertas!

Apuntando con el revólver comenzó a revisarlo.

—¿Qué tienes en los bolsillos?!

—Nada.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer en la noche.

—¡Camina!

Salieron del pasillo y entraron por el corredor de la recepción. Le ordenó apoyar las manos en la pared frente a

una oficina. Circulaban soldados con sus fusiles ametralladora. A la izquierda, sobre un mostrador, había dos ametralladoras punto 30 servidas por un par de soldados cada una. En la pared de enfrente había una gran mancha de sangre seca. Lizzul trataba de tranquilizarse respirando honda y lentamente. Movía de un lado a otro la cabeza diciéndose a sí mismo “no puede ser, no puede ser”. Sintió el cañón de la pistola del boina negra en las costillas y oyó su voz amenazante:

–Vas a entrar con las manos en la nuca, mucho cuidado con lo que haces, ésta es la oficina del comandante.

El comandante se encontraba sentado detrás de un escritorio con un oficio en la mano.

–Conque te querías fugar, ¿ah? –le dijo a Lizzul sin mirarlo.

–¿Fugar?

Con el brazo estirado y apuntándole en la sien, el boina negra estaba atento a todas sus reacciones.

–No te hagas el imbécil. ¿Sabes lo que les pasa a los que se quieren fugar del estadio?

–Señor, yo no he intentado fugarme, no tengo por qué fugarme.

–Ah, no... Mira, tú no me conoces a mí, ten cuidado con lo que dices. ¿Qué hacías por los corredores del estadio?

–¿Por los corredores?

–Sí, por los corredores, fuera de tu lugar. ¡Buscando escapar!

Entonces comprendió que Isabelita, la dama de la Cruz Roja, lo había denunciado levantando contra él una falsa acusación.

–Mire, señor, le voy a explicar: no tenía la menor intención de escaparme.

–Ten cuidado con lo que dices...

–De verdad, señor, le aseguro que... Cuando salí del baño me encontré con un oficial al cual solicité hablarle. Él fue muy amable –y explicó toda la conversación.

—¡Eso no es verdad!

—Señor, no tengo por qué mentirle, ésa es la verdad.

—¿Tú eres italiano?

—Sí, señor. Hablé días antes con el cónsul sobre la situación de los extranjeros en el país. El cónsul me dijo que estuviese tranquilo porque no tenía nada que temer, y ahora me encuentro preso.

El comandante miró el oficio que tenía delante suyo.

—Adolfo Cozzi y Roberto L., ¿quiénes son?

—Son amigos míos. Carabineros allanó ayer mi casa y nos detuvieron a los tres.

—¡Tú eres un gran mentiroso!

—Señor, ¿por qué no habla con el oficial que me llevó hasta la enfermera de la Cruz Roja?

—¿Cómo se llama?

—No lo sé, pero él tiene su mesa de trabajo cerca de donde se encuentra el micrófono de la marquesina.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo supongo, porque cuando íbamos caminando por el corredor, dejó su cartapacio sobre esa mesa de trabajo. Mire, señor, yo lo puedo acompañar para mostrarle la mesa, verá que no miento.

—Voy a averiguar lo que dices.

—Déjeme que le muestre la mesa de trabajo del oficial.

—Tú no vas a mostrarme ninguna mesa, lo voy a investigar yo, y como sea mentira... ¡Me vas a conocer!, ¡vas a saber quién soy yo!

—Usted —dijo dirigiéndose al boina negra—, llévelo a la barra.

“¿Por qué esa bruja habrá inventado que yo estaba tratando de escapar? —pensó Lizzul mientras lo conducían a la barra metálica donde anoche golpeaban al colgado—. ¿Por qué tenía que inventar una cosa como ésa? Y yo que estuve a punto de pedirle una cajetilla de cigarrillos Monza”.

Con un cordel que llevaba en la cintura, el boina negra le ató las manos atrás con ligamentos fuertes y apretados alrededor de las muñecas y de la barra, de modo que quedó, no colgando todavía sino con los brazos estirados hacia atrás y hacia arriba, la cabeza reclinada sobre el pecho y aún tocando el suelo con los pies.

–No intentes nada –le advirtió el boina negra–. De lo contrario, subiremos la barra.

“Como no encuentren al oficial, me joden –pensó Lizzul–. ¡Y si él niega nuestra conversación, también me joden! ¡Y si el comandante me quiere reventar, me revienta!”

A las cinco de la tarde nos ordenaron regresar de las graderías al túnel donde habíamos pasado la noche. Estaban sirviendo la comida del día: un tazón azul de porotos y un pan. Ésa, más el café de higo y otro pan, serían las únicas raciones diarias durante el mes y medio que estuve en el estadio. En ese momento fue cuando vimos a Lizzul, casi colgando de la barra.

–¡Mirá, qué le habrá pasado! –exclamó Gabriel, el uruguayo–. Esperá que voy a preguntarle.

Prudentemente se acercó a una distancia en que pudiese oír a Lizzul. Los soldados que lo vigilaban se dieron cuenta de su intención pero no le dijeron nada. Fumaban y conversaban entre ellos. También se acercó el lumpen que le había cambiado los zapatos por cigarrillos a Gabriel y mientras comía porotos miraba insistentemente los zapatos de Lizzul.

–¿Qué coño miras tanto? –le dijo Lizzul. Aunque era obvio que estaba averiguando qué número calzaba.

Después de unos minutos, Gabriel regresó.

–Dice que una bruja de la Cruz Roja lo acusó al comandante del campo por supuesto intento de fuga.

La luz pestañeó. Apareció el boina negra y fue directamente donde Lizzul mientras sacaba de su cartuchera un

cuchillo corvo. En ese instante se cortó la luz sumiéndonos en la total oscuridad. Lizzul contuvo la respiración. Los latidos de su corazón parecían un tambor. Sintió el filo frío del cuchillo que le hería la muñeca al mismo tiempo que sus manos quedaban liberadas de la barra. Se oyó el pop pop pop del generador y regresó la luz.

–Está bien –le dijo el boina negra–. Se aclaró todo, vuelve a tu lugar.

Eran las siete de la tarde y Lizzul terminaba de vendar-se con un pañuelo la herida –leve– en la muñeca, y de contarnos con lujo de detalles todo lo que le había pasado por culpa de Isabelita.

–O sea que ya están al tanto de nosotros –dijo Roberto.

–Sí. El comandante tenía un oficio sobre su escritorio.

Me preguntó por ustedes.

–¿Dices que la enfermera se llamaba Isabel? –preguntó Roberto–, ¿tiene el pelo cano?

–Sí.

Roberto se quedó pensativo, como a punto de llegar a una conclusión importante, pero no pudimos continuar la conversación porque en esos momentos llegó un suboficial con seis soldados y nos ordenaron formar en tres filas. Instintivamente nos agrupamos los que ya nos conocíamos o habíamos establecido algún contacto. Otro tanto hicieron los lumpen. Custodiados por los soldados nos sacaron por la puerta presidencial al corredor que circunvala por el exterior el estadio. Ahí nos dirigió la palabra otro boina negra, moreno, de contextura gruesa y de aproximadamente unos 40 años:

–Señores, escuchen bien lo que les voy a decir, no lo voy a repetir. En primer lugar, no puedo darles la bienvenida dadas las circunstancias en que nos encontramos. Bien, ahora vamos a ir caminando lentamente, lentamente por este

pasillo hasta la entrada de la puerta de la Maratón donde serán instalados en camarines. No traten de hacer tonterías, no traten de escapar; si uno de ustedes trata de correr los soldados tienen orden de disparar. Además, no llegarían muy lejos, porque los jardines y las rejas que contornan el estadio están vigilados, o sea, ese intento traería muy malas consecuencias para todos. Espero que me hayan comprendido. Ahora, vamos caminando, caminando despacio, despacio...

Efectivamente, en los jardines había carabineros con perros policiales, y cada cierto tiempo, nidos de ametralladoras camuflados entre las plantas y los árboles. Más lejos se veía la estatua del discóbolo, después la calle, autos que pasaban. Íbamos caminando en silencio cuando la luz se apagó.

—¡Alto! ¡Nadie se mueva de su sitio!

Otra vez el maldito generador. Empezaba a ser rutina.

La luna que había salido desde atrás de la cordillera nos iluminaba de tal manera que se distinguía todo perfectamente, como en un sueño. Los destellos en los cañones de las ametralladoras, el vaho de los perros, la sombra de un carabinero agazapado tras un arbusto. Al pasar por una de las bocas de acceso a las graderías, cerrada con pesadas rejas, tuve una visión que no se me borró nunca más: la imagen de unos treinta presos, cuyo aspecto me recordó el de las láminas de un álbum infantil que representaba a los hombres de las cavernas; la de uno de ellos, especialmente, apoyado en la reja, mirando con grandes ojos abiertos, como animal acorralado que presiente su próximo destino. Y hasta el día de hoy estoy convencido de que la gente que estaba enjaulada ahí, en mangas de camisa, sin zapatos, completamente aislados del resto, esperaba ser conducida al matadero.

La luz regresó y continuamos andando hasta la puerta de la Maratón. Doblamos a la derecha y seguimos hasta el final por el túnel interior que da acceso a los camarines. Tal como habíamos intuido, nos separaron en dos grupos. Los

primeros ciento diez prisioneros ingresamos al camarín N 1, cada cual con su frazada bajo el brazo. Eran frazadas nuevas. Tenían una etiqueta que decía: Made in West Germany.

El camarín era de unos 40 metros cuadrados, o sea, ¡a cada persona le correspondían aproximadamente 30 centímetros cuadrados! Casi no podíamos movernos. Fumábamos y conversábamos de pie y apretados unos contra otros. Cerraron la puerta con llave y nos ordenaron apagar la luz a las 22 horas.

Lizzul se sentó en un ángulo del camarín. A su lado derecho se encontraba José J., dirigente del Partido Socialista, 65 años, alto y delgado, pelo cano. Don José estaba mal. Los carabineros le habían roto tres costillas, pero no le preocupaban tanto como si su mujer, sus hijos y sus nietos se hallaban a salvo. Nada sabía de ellos desde el día del golpe de Estado. Estuvo en la clandestinidad hasta que allanaron la casa donde pasaba la noche.

A su izquierda, dos obreros jóvenes, delegados de la fábrica en la cual trabajaban. Habían sido sacados de sus puestos de trabajo por personal uniformado de la Fuerza Aérea. Los golpearon durante cuatro horas. Los sometieron a un simulacro de fusilamiento. Los acusaban de ser agitadores políticos y de intentar hacer volar la industria.

Como el espacio era tan reducido se resolvió que la mitad de las frazadas las colocaríamos como alfombra para aislar el frío de las baldosas y que con las otras nos taparíamos. Para ganar espacio se decidió que nos acostaríamos cabeza, pies, cabeza, pies, alternadamente y de lado, cuerpo contra cuerpo; de otro modo no cabíamos todos. Cada dos horas alguien gritaba “¡vueltaaa!”, y nos girábamos todos al mismo tiempo, ya que individualmente era imposible cambiar de postura.

A mi lado, separado por el par de zapatos de otro preso, se encontraba un anciano asmático. Respiraba y parecía

que ni en toda la atmósfera del planeta iba a encontrar aire suficiente para sus dañados pulmones.

Lizzul, Roberto, don José, y muchos otros recién llegados pasaron la noche en vela; la sinfonía de ronquidos, silbidos y quejidos no les permitió otra cosa.

Yo tampoco dormí. Por las ventanas de vidrio esmerilado pasó la claridad de la luna; luego, la luz del amanecer, y yo estaba ahí, con los ojos abiertos, adosado como lapa al anciano asmático, pensando que eso era el mundo. El estadio, ese camarín lleno de hombres encerrados, representaba la verdad de nuestra sociedad. Unos éramos víctimas; otros, verdugos. Pero todos éramos esclavos: unos de morir, otros de matar. ¿A esto se llegaba después de más de dos mil años de pensamiento político?

Al día siguiente, 29 de septiembre, el estado de ánimo era mejor en general. Al menos ya teníamos un camarín y no andábamos como bola huacha por ahí. Éramos todos presos políticos –los lumpen habían quedado en otro camarín–. Rápidamente comenzaron a moverse las fuerzas organizadoras y se designó a Rolando T. como nuestro intermediario con los militares. Tenía 27 años, era alto y delgado, dinámico. Siempre estaría en todas partes tratando de resolver nuestros problemas: medicinas, ropa, zapatos, jabón, detergente. Se creó también un fondo común con los paquetes que llegaban de los familiares. Espontáneamente nacía la solidaridad. Una mañana, Rolando consiguió con la Cruz Roja que nos desinfectaran con DDT para liquidar piojos y pulgas que ya habían hecho su aparición. Nos hicieron formar y con dos brochas grandes una joven y atractiva enfermera del ejército nos iba mojando el pelo con insecticida, mientras otra, ya madura, nos bombeaba con un flit gigante las axilas y los cojones. Nos desabrochábamos el pantalón y estirábamos hacia adelante el calzoncillo de manera que ella pudiera meter el

flit y bombear. Pero cuando le llegó su turno a un negro gordo que siempre andaba chacoteando, éste se bajó los pantalones y les mostró el culo. Era un culo enorme, increíblemente peludo, y todo el mundo se rió, incluso la enfermera joven; en cambio la mayor, pudorosa, no se dio por aludida y, displicente, siguió bombeando el flit como si no hubiese visto nada. Los que más la gozaron fueron los soldados que nos vigilaban.

A eso del mediodía nos hicieron salir a las graderías. Era el mejor momento del día. Aunque estuviese gris y helado; era agradable respirar el aire húmedo y el olor a pasto mojado de la cancha de fútbol. Es increíble cómo las cosas más pequeñas en estas circunstancias cobran un gran valor. Una bocanada de aire, un cigarrillo, una galleta, una cáscara de naranja, pueden ser inapreciables.

Por todas partes los prisioneros jugaban a las cartas, a las damas, al ajedrez, al dominó. Los naipes se hacían con las estampas religiosas que todos los domingos un sacerdote, el padre Juan, repartía a los presos. Al reverso de la imagen se dibujaban mazos y espadas, soles y copas.

Reinaba una actividad febril. Los lumpen traficaban con cigarrillos, galletas y pan. Un pan valía tres cigarrillos. Todo era intercambiable y vendible.

A las tres de la tarde, yo estaba sentado solo en un escaño rumiando mis ideas o tomando “caldo de cabeza” –según la expresión que allí se usaba–, cuando uno de los presos que estaba más lejos se levantó y vino a sentarse a mi lado. Vestía una casaca de cuero negra. El pelo negro y liso. No se había afeitado en varios días.

–Sabes –me dijo–, yo ya estoy muerto.

Lo miré inquisitivamente.

–Yo era del GAP (Grupo de Amigos Personales, escolta del presidente Salvador Allende).

Me contó después cómo lo habían arrestado en la casa presidencial de Tomás Moro luego de una breve escaramuza.

–No es que le tenga miedo a la muerte –continuó–, sino a lo que me van a hacer antes de matarme.

Me hablaba en tono de amistad, como si se estuviera estableciendo entre nosotros un vínculo permanente.

–Éramos tres, ahora sólo quedo yo, a ellos se los llevaron esta mañana. En cualquier momento vendrán a buscarme.

Hablaba rápido, refiriendo las cosas desordenadamente.

–Pero estoy tranquilo, lo único que lamento es que se me hayan acabado las balas, no haber tenido mejor puntería y no haberme echado a una docena de pacos más.

De pronto se levantó, me dio la mano y me dijo:

–Adiós, compañero, yo ya no soy de este mundo. Mi vida fue luchar por una causa justa, defender hasta la muerte al compañero presidente.

Entonces me abrazó. Lo vi bajar saltando los escaños en dirección a la puerta de la Maratón. No pasó un cuarto de hora cuando uno de los presos de mi camarín fue a verme.

–Se ahorcó –me dijo.

–¿Quién?

–El del GAP que estuvo hablando recién contigo. Se colgó de la ducha en el baño del camarín.

Bajé corriendo las graderías. Cuando llegué al camarín, presos y soldados estaban envolviendo el cadáver en una frazada. Todavía tenía los ojos abiertos; nunca antes había visto un muerto, y sentí que me estaba mirando.

Salí afuera de nuevo, reprochándome ese sentimiento de distancia con respecto a las cosas, de que nada me tocara, nada me afectara. ¡Me había elegido a mí para despedirse y yo ni siquiera le había preguntado el nombre! Maldije la maldita coraza egoísta con que me protegía. Me sentí aparte

de todo y de todos, tremendamente solo. Recorrí las gradas conmocionado. Necesitaba urgentemente a alguien con quien compartir mi profunda desolación. Por fin ubiqué a Roberto y a Lizzul, y me senté con ellos. Lizzul discutía con otros presos acerca del rol que estaba desempeñando la Iglesia Católica. En su visita al estadio, el cardenal Raúl Silva Henríquez nos había dicho que rezaba para que no continuara la lucha fratricida que solamente traía odios a nuestro pueblo, que le había pedido a la Junta Militar que no se cometieran represiones innecesarias contra los prisioneros y que se les diera un trato digno. Predica en el desierto...

Para Roberto en esos momentos lo más importante era conseguir más aspirinas porque presentía un nuevo ataque de dolor de muelas. Lizzul encendía un cigarrillo cuando saltó del asiento y señaló a tres enfermeras de la Cruz Roja que venían por la pista de ceniza, ahora vestidas con uniforme militar.

—¡Es ésa! —exclamó—. ¡La del medio! ¡La víbora que me denunció!

Vi que Roberto la seguía con la mirada, entre sorprendido e incrédulo. En ese instante llamaron a comer.

—¿Quién es? ¿La conoces? —le pregunté mientras comíamos.

—Sí —me contestó en voz baja—. Es Isabel L. Hermana de mi papá. Mi tía.

Bajo la aureola oval de cielo azul iba ese domingo el padre Juan por la pista de ceniza. Con rápidos voleos saludaba a los prisioneros, lanzando breves besos, bendiciones, arrojando por encima de la reja imágenes sagradas que los presos acudían, en revuelo, a recoger con un fervor que no era otro que el de formar un nuevo naípe español. Y eran comparsas las marchas militares que transmitían los altoparlantes. Al comandante le bastaba sintonizar el programa “Del alegre

despertar” en la radio Andrés Bello –lo veíamos asomarse a la marquesina para confirmar la calidad del volumen– para que todo el ámbito del estadio se inundara de los famosos ritmos marciales con que desfilaban las tropas del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial.

En este día de guardar, los interrogadores no flagelaron y los custodios se relajaban al sol. Las damas de la Cruz Roja y las asistentes sociales, con sus casquetes blancos y sus delanteras celestes revoloteaban por las graderías repartiendo aspirinas y tabletas de vitamina C. Los prisioneros, tal vez por la dificultad de llegar a ellas, apenas las vieron les dedicaron en un “Patito chiquito” las estrofas de un famoso bolero:

“El patito chiquito no quiere ir al mar
porque en agua salada no puede nadar.
Al patito lo llamó una asistente social
Y el patito así decía:
–Atiéndeme, quiero decirte algo...”

Al son de trompetas y clarines ingresó a la cancha de fútbol un perro negro, marchó hasta el centro y bajo la mirada de todo el mundo se plantó una gran cagada. Todo el estadio aplaudió. Comenzaron a silbarle desde diversos lugares, lo llamaban de todas partes. El perro se dirigía a toda carrera hacia donde los silbidos eran más fuertes, pero otro grupo en el lado opuesto sobrepasaba al anterior en sus llamados al mejor amigo del hombre, y éste se paraba en seco y cambiaba de dirección. Total que iba de un lado para otro sin llegar a ninguno. Todo el estadio gritaba, aplaudía y se reía. Este can simpático hizo que todos los prisioneros nos uniéramos en un instante de distracción.

Entretanto, desde su improvisado púlpito en la marquesina, el padre Juan alzaba los brazos implorando que se escuchase la palabra del Evangelio.

–Vino (Jesús) a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga conforme a su costumbre,

y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí
Por cuanto me ha ungido para dar
buenas nuevas a los pobres;
Me ha enviado a sanar a los
quebrantados de corazón;
A pregonar libertad a los cautivos,
Y vista a los ciegos;
A poner en libertad a los oprimidos;
A predicar el año agradable del Señor.

El estadio casi se vino abajo por la ovación que brindaron los prisioneros a la lectura del padre Juan.

—Padre —le preguntó un preso un día a través de la reja—, ¿si Cristo estuviese aquí, de qué lado de la reja estaría?

—Si quieres saberlo, Cristo está en los corazones de los que sufren injusticias, de los desposeídos, de los inocentes, de los oprimidos... Búscalo. Si está en ti quiere decir que está del lado tuyo de la reja...

Cuando los compañeros que quisieron comulgar lo hicieron, todo el mundo guardó un respetuoso silencio. Creció la popularidad del padre Juan, y creyentes o no creyentes, todos lo queríamos. Había a quienes les recordaba a Juan XXIII, el papa bueno. Pero después de ese día no volvió más. Se rumoreaba que ya no le permitían entrar al estadio, que lo habían tomado preso por pasar mensajes ocultos, que lo habían trasladado a un lugar lejano, mil fantasías. Pero cualquiera que haya sido la razón, lo cierto es que no volvió más.

A eso de las cuatro de la tarde oímos por los parlantes los nombres de Lizzul, Roberto y el mío. Uno de nosotros debía presentarse en el disco negro para recibir un paquete. Por fin teníamos contacto con el exterior. El contenido del paquete —tres

manzanas, galletas partidas y cigarrillos sueltos— nos reveló que afuera estaban en conocimiento de que los tres nos encontrábamos juntos. Dedujimos que el paquete nos lo habían mandado los amigos de la casa donde habíamos refugiado a Lizzul tres días después del golpe de Estado, y aprovechamos para renovar el juramento de que bajo ninguna circunstancia, por grave que fuera, daríamos a conocer su existencia.

A las cinco de la tarde nos dieron la única comida del día: el tazón azul de porotos y el pan, que unidos a la manzana, las galletas y los cigarrillos constituyeron un verdadero banquete.

El lunes en la mañana llamaron a formar fila, de todos los sectores, a los obreros de las fábricas —Fensa, Mademsa, Madeco, Sumar, Pizarreño— para ser trasladados a otros camarines ya que, a primera hora, serían interrogados, supuestamente para que pudieran salir en libertad pronto y reintegrarse al trabajo en las industrias.

A mediodía, un capellán norteamericano del ejército nos saludó desde la marquesina por los parlantes, diciéndonos que traía muy buenas noticias.

—He hablado con vuestros familiares, queridos amigos —decía—, les he comunicado que ustedes se encuentran muy bien, con mucho ánimo, con mucho optimismo, y que pronto saldrán de aquí, que pronto estarán con ellos, reunidos de nuevo, queridos amigos —gesticulaba como un pastor yankee de feria—. Y ahora, queridos amigos, yo he traído algunas cosas para ustedes. He traído cigarrillos importados —agitó en el aire dos cartones de Marlboro—, y mensajes, sí, mensajes de vuestros seres queridos: “para Víctor González Ulloa, de su esposa, que se encuentran bien...” Leyó tres mensajes más de personas que esperaban fuera del estadio saber de sus fa-

miliares, y después dio una vuelta olímpica lanzando a través de la reja puñados de cigarrillos. Tenía una ancha sonrisa de oreja a oreja estilo Jimmy Carter. Echábamos de menos al padre Juan.

El martes nos avisaron que Lizzul, Roberto y yo habíamos sido trasladados a otro camarín, contiguo al nuestro. Cuando entré y me dirigí al baño no pude creer lo que mis ojos veían: el baño era amplio, de azulejos y con grandes espejos. Tenía unas bañeras profundas y confortables. Algunos compañeros de mi camarín las habían limpiado hasta dejarlas pulidas y resplandecientes. Después las habían llenado con agua caliente. ¡Era el camarín de la selección nacional! En las tinas ya se encontraban sumergidos los presos más aporreados, recién interrogados y torturados, y que casi no podían valerse por sí mismos. Otros los ayudaban a sumergirse en el agua o a ponerse de pie y secarse. Oí entonces que alguien me llamaba. Miré escudriñando a través del vapor de agua. Era Rolando, el jefe del camarín.

—¿Quieres darte un baño? —me preguntó.

Le contesté inmediatamente que sí.

—Si quieres también puedes cortarte el pelo. No es bueno ir a interrogatorio con el pelo largo..., de donde menos te puedan agarrar, mejor.

Ya dije que en ese tiempo usaba una melena afro, estilo Jimmy Hendrix, así que no estaba mal el consejo. En la puerta de la Maratón varios peluqueros, prisioneros también, cortaban el pelo. Fui y me lo cortaron. Regresé al camarín y mi bañera ya estaba lista. Rolando me dio jabón, champú y una botella que contenía líquido antiparasitario. Me desnudé y me metí en la tina. Sumergido con el agua caliente hasta el cuello, cerrados los ojos un instante, gocé un segundo de felicidad al sentir que otros se preocupaban por mí, desconocidos que tal vez mañana ya no vería nunca más, condena-

dos a muerte, tal vez, que en un día establecían siglos de amistad y camaradería.

La comida del día: porotos con piedra alumbre y un pan.

En la mañana llamaron a los extranjeros no interrogados para que se presentaran en el disco negro. Para allá se dirigió Lizzul a reunirse con argentinos, bolivianos, brasileños, franceses, italianos, colombianos, uruguayos, venezolanos. Le dijeron que en el grupo había dos paisanos suyos. Lizzul se acercó a uno de ellos y después de presentarse le preguntó si había venido el cónsul.

–Estuvo aquí anteayer –respondió su compatriota–. Preguntó por ti, pero no sabíamos dónde estabas.

–¡No me dijeron nada! –exclamó Lizzul.

–Él está preocupándose por nosotros. Viene mañana. En el caso de que no te avisen yo le diré que estás aquí.

–¿Te han interrogado? –preguntó Lizzul.

–Sí. ¿Y a ti?

–No todavía.

–No te preocupes, no te hacen nada. A mí me tuvieron sólo cinco minutos preguntándome cosas, además, a los italianos no los golpean.

–Ojalá sea cierto.

–Ellos saben que no les conviene tratar mal a los extranjeros.

–¿Cómo te llamas?

–Paolo. Cualquier cosa estoy en el camarín S 3. Ciao.

Lizzul volvió a su fila. Los tuvieron parados hasta las seis de la tarde. Nadie supo, ni los oficiales ni los soldados, quién y para qué los habían llamado. Los mandaron de vuelta a sus camarines con la orden de presentarse a primera hora del día siguiente en el disco negro.

Después de almuerzo –lentejas y pan–, un suboficial fue al camarín para prevenir a los enfermos y mayores de cincuenta años que estuviesen preparados temprano en la mañana porque serían llevados a interrogatorio. Después leyó una breve lista en la cual figurábamos Roberto y yo. Pero no era seguro si seríamos interrogados o no.

–¿Por qué no es seguro? –le pregunté al suboficial.

–Si no van mañana irán pasado mañana –respondió.

–¿Usted puede hacer lo posible para que sea mañana?

En eso intervino el soldado que estaba con el suboficial.

–¿Ustedes quieren ir a interrogatorio?

–Sí –le respondí–. Mientras más pronto sea, mejor. Para salir luego de esto.

El soldado movió la cabeza negativamente y frunció el ceño con gesto de rechazo.

–Si yo fuera tú no querría ir –dijo.

Nos miramos unos a otros y en nuestras miradas había desazón.

A las siete y media de la mañana del día jueves 4 de octubre nos sacaron a las graderías. Estaba amaneciendo. Hacía frío y el aire estaba húmedo. Los extranjeros se preparaban para presentarse en el disco negro cuando recibieron la contraorden de quedarse en los camarines y esperar hasta que los llamasen.

Por la pista de ceniza un boina negra y una docena de soldados nos condujeron hasta la puerta de la Maratón y de allí nos encaminamos en dirección al velódromo, que se encuentra a unos seiscientos metros del estadio. Éramos cerca de doscientos. El pasto verde, cargado de rocío, me mojaba los zapatos. En la mitad del camino, protegidas por un promontorio de tierra, había tiendas de campaña de la Cruz Roja. Dos noches atrás, como a la una de la madrugada, Lizzul vino aquí. Uno de los detenidos de nuestro camarín había sufrido un

ataque de úlcera. A los diez minutos de golpear a la puerta y llamar, acudió un soldado. Cuatro hombres –Lizzul entre ellos–, sacaron al enfermo en una frazada y, custodiados por el soldado, lo condujeron hasta una enfermería improvisada. Sin mediar palabra del médico ni de ninguna enfermera, lo pusieron en la mesa central. El médico lo auscultó y comentó:

–Bien, vamos a darle algo.

Buscaron el remedio entre el desorden de dos mesas que estaban llenas de medicamentos, pero no encontraron el indicado.

–No importa –dijo el médico–. Déle de éste, no es exactamente lo mismo, pero para el caso da igual.

–¿No lo va a internar, doctor? –preguntó Lizzul.

–¡Qué va! –exclamó el médico–. Tiene que quedarse en su camarín.

Llegamos al velódromo y después de esperar formados durante una hora, los altoparlantes comenzaron a vomitar nombres y la ubicación a la cual debíamos dirigirnos.

–González Martínez, Antonio: Páselo a Rico.

–Maturana Jiménez, Gustavo: Chago 1, páselo a Verdugo.

–Cozzi Figueroa, Adolfo: Entréguelo a Lira.

Ésos, más los siguientes, eran los nombres con que funcionaban los equipos de “Fiscales” que practicaban los interrogatorios: Sam 1, Sam 2, Martín 1, Martín 2, Rico, Chago 1, Chago 2, Caro, Verdugo, Pombo, Lira. Los lugares donde funcionaban eran dos camarines, denominados caracol sur y caracol norte, y los túneles sur y norte de acceso a las gradas del velódromo. Un soldado me condujo a estas últimas, y me unió a un grupo de once detenidos. Luego ordenó ponerme la frazada encima de la cabeza a modo de capucha como el resto. Esperé horas y horas. Salió el sol y después del mediodía hizo calor. Fumé debajo de la frazada. Sutilmente abrí los hilos y pude mirar por un pequeño agujero. Tras la reja que circunda el perímetro, tanto del estadio como del

velódromo, se alcanzaba a ver la calle. Junto al portón de la reja, un vendedor de fruta. En alguna parte cercana a la avenida Pedro de Valdivia habían instalado un altavoz que diariamente transmitía música de Los Beatles y los Rolling Stones, a todo volumen, pero bastante lejos, para que los transeúntes y los escolares de un colegio próximo no oyeran los gritos de quienes estaban siendo interrogados. Serían las dos y media de la tarde cuando por el hoyo de la frazada vi que el portón de la reja se abría y entraba un furgón utilitario de color verde. Avanzó en nuestra dirección y se detuvo. De él bajaron civiles y militares. Los civiles llevaban un maletín tipo James Bond. Los militares eran de la Fuerza Aérea, con casaca de aviador verde oliva y pantalones celestes. Por fin, a las cuatro y media, me fue a buscar un soldado y me condujo encapuchado hasta otro sector. Escuché gritos.

–Sácate la frazada –oí una voz.

Me la saqué y vi frente a mí al denominado Lira. Estaba sentado al aire libre detrás de una mesa e introducía una hoja de papel en la máquina de escribir. Tenía unos cuarenta años, pelo negro, tez morena, 1.75 de estatura, cara ovalada con bigotes pequeños, arreglados con tijera. Tenía el típico aspecto de los policías de investigaciones.

–Siéntate –me dijo.

Me senté y lo miré mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía. Extendió la cajetilla para ofrecerme uno pero después se arrepintió.

–¿Qué edad tienes?

–Diecinueve.

–Entonces puedes fumar.

Me miró atentamente mientras me encendía el cigarrillo. Luego me comparó con la fotografía de mi cédula de identidad, donde aparecía con el pelo largo.

–Te ves más joven que en esta foto. ¿Cuándo te cortaste el pelo?

–Ayer. Aquí en el estadio.

—¿Por qué te trajeron?

—Bueno, yo creo que lo mejor es que le diga todo desde el principio...

Dio un puñetazo sobre la mesa y se puso de pie, de un salto.

—¡Apaga el cigarro! —gritó—. ¡Mira, nosotros dos vamos a hablar claro! De partida vas a dejar de lado todos los “yo creo que”, “yo pienso que”, “yo imagino que”, “me parece que”. ¿Entendido? ¿Por qué te trajeron al estadio?

—Estábamos en el departamento de un amigo cuando lo allanaron los carabineros.

—¿Quiénes estaban en el departamento?

—Un amigo y yo.

—¿Cómo se llama?

—Marino Lizzul.

—¿Dónde está?

—Aquí en el estadio.

—¿Cómo te llamas?

Le di mi nombre, profesión, domicilio, fecha de nacimiento.

—Dónde estudias y qué estudias.

—Universidad Católica. Pedagogía en castellano.

—¿Dónde conociste a Lizzul?

—En la universidad.

—¿Qué hacía él en la universidad?

—¿Por qué no le pregunta a él?

Dio un tremendo puñetazo en la mesa.

—¡Te estoy preguntando a ti!

—Creo que seguía unos cursos en...

Me miró fijo.

—Perdón. Seguía cursos del Centro de Estudios de la Realidad Nacional.

—¿Qué estaban haciendo en el departamento de Marino Lizzul?

—Fuimos a buscar unos libros.

-¿Qué libros?

-Toda una biblioteca que nos habían regalado.

-¿De quién eran los libros? ¿De Lizzul?

-No. De un venezolano que también vivía en el departamento.

-¿Cómo se llama?

-Juan Carlos López.

-¿Dónde está?

-Se asiló en su embajada.

-¿Por qué se asiló?

-No sé.

Dio otro puñetazo en la mesa.

-¡Estás mintiendo! ¿A quién más conocías?

-¿A quién más?

-¡Quién más estaba con ustedes! -gritó.

-Roberto L.

-¿Dónde está?

-Aquí en el estadio también.

Puso expresión de cólera, arrancó la hoja de la máquina de escribir y la puso ordenadamente sobre la mesa. Después recomenzó todo desde el principio, haciéndome las mismas preguntas. Cuando llegamos a ese punto, dio un tercer puñetazo sobre la mesa.

-¡No quiero saber de gente que está en el estadio! ¡Nombres! -gritó-. ¿A quién más conoces?

-¿A quién más conozco?

-Dame nombres de amigos tuyos.

-No -le dije-. Yo no puedo hacer eso. Ellos no tienen nada que ver con nada. Yo no puedo hacer una cosa así.

-Alguien que tú conozcas, un vecino de tu barrio.

-No entiendo por qué me pide eso.

-¡Tres nombres de comunistas y te vas para tu casa!

-No puedo hacer eso... A mí me trajeron porque los carabineros encontraron unos libros...

-¡No me interesan los libros!

Apagó violentamente el cigarrillo, sacó de nuevo la hoja de la máquina y la puso debajo de la primera. Volvió a poner otra hoja.

—¡Un nombre! —gritó— ¡Dame el nombre de un solo comunista!

—¡No! —exclamé—. ¡No puedo!

—Alguien de la universidad donde estudias. Un profesor. Un compañero tuyo.

—Si usted quiere los nombres de mis compañeros de universidad, vaya y pida la lista de alumnos. Yo no le voy a dar ningún nombre. No corresponde.

—¿Sabes lo que te va a pasar?

—No.

—Dame un nombre y te vas esta noche para tu casa. De lo contrario te voy a mandar para que te ablanden. ¿Sabes lo que te harán?

—No.

—¿Haz tenido una mujer alguna vez?

—No.

—Después de lo que te van a hacer no vas a poder tener nunca una mujer.

—Pero es que lo que usted me pide es imposible...

—Sé razonable. Tienes toda la vida por delante. Un solo nombre.

—No, no puedo. No tiene nada que ver...

—Te van a hacer pedazos.

—No puedo hacer una cosa así. Entiéndame. Yo no estoy metido en nada...

—Muy bien. Por no querer salvarte tú y salvarlos a ellos, me voy a ver obligado a mandarte para allá.

Indicó con la cabeza hacia donde se escuchaban gritos.

—Usted no me puede obligar a hacer una cosa semejante.

Llamó al soldado que se encontraba a unos cuatro metros de distancia.

–Llévatelo. Que lo incomuniquen. Que no hable con nadie.

Pasé el resto del día solo y encapuchado, de pie contra un muro. Me llevaron de regreso al estadio, aislado de los demás prisioneros y pasé esa noche en el sector del marcador y en un camarín donde no conocía a nadie. Me fue imposible contactarme con Lizzul y Roberto, ya que se encontraban en el extremo opuesto del campo de juego.

Al día siguiente, de regreso en el velódromo, el soldado me llevó hasta el lugar más alto de las graderías, todavía incomunicado, y no me hizo ponerme la frazada encima. Recién había salido el sol, alumbraba débilmente y hacía frío. Un par de horas después oí por los altoparlantes el nombre de Lizzul. Le indicaban presentarse en el centro del campo. Lo vi bajar por la pista de bicicletas en el lugar donde el peralte es más pronunciado y dirigirse hasta el centro. Un momento después apareció Lira. Fue donde Lizzul, lo tomó de un brazo y se encaminó con él hacia el corredor donde me había interrogado. De repente se detuvo y le indicó a Lizzul que se sentara en un escaño y lo esperara. Cuando Lira salió llamé al soldado que me custodiaba y le pedí que me dejara bajar al baño. El soldado asintió y me lancé graderías abajo.

–Todo bien –le dije a Lizzul cuando pasé por su lado–. No me preguntaron por ellos y no dije nada.

Me refería a los amigos donde habíamos refugiado a Lizzul ya que, como dije antes, nos habíamos juramentado no mencionarlos por ningún motivo.

Llegué a la puerta del baño y me regresé de inmediato. Subí corriendo las graderías y en el preciso instante en que Lira apareció me dejé caer sobre el escaño.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Lira.

–Marino Lizzul Coppe.

–Bien. Tú y yo vamos a hablar claro, ¿entendiste?

—Sí, señor, usted me pregunta y yo le voy a decir la verdad.

—¿En qué partido militas?

—En ninguno, señor.

—¿Eres marxista?

—Simpatizante.

—¿En qué trabajas? ¿De qué vives?

—Soy fotógrafo, trabajo independientemente. Usted puede comprobarlo.

Lira revisó acuciosamente sus documentos, pasaporte y permiso de conducir.

—¡Levántate!

Lira también se levantó y sorprendentemente le dio un golpe en el estómago, que Lizzul no sintió. Fue un golpe de efecto, sonoro.

—¡No me estás diciendo la verdad!

—No tengo por qué mentirle, usted puede comprobarlo.

—¿Quién es Adolfo Cozzi?

—Amigo mío.

—¿Cómo lo conociste?

—Me lo presentó el compañero con quien compartíamos un departamento.

Veloz y certero, Lira le dio ahora un verdadero golpe de puño en un costado.

—¡Basta de compañero! ¡¿Oíste?! ¡Se acabaron los compañeros!

—El amigo con quien compartíamos un departamento —corrigió Lizzul.

—¿Cómo se llama?

—Juan Carlos López.

—¿Por qué se asiló Juan Carlos López?

Ante esta pregunta, Lizzul se quedó un instante sorprendido. Si Lira sabía que Juan Carlos se había asilado era porque yo tenía que habérselo dicho. Habíamos convenido que diríamos siempre la verdad, única manera de no caer en con-

tradiciones, pero que omitiríamos –como ya he contado–, hasta las últimas consecuencias, mencionar a los amigos que le habían dado hospedaje.

–Se asiló porque tuvo miedo.

–¿Miedo de qué?

–No sé, de que le pasara algo.

–¿Qué le podía pasar?

–No sé. Tuvo miedo.

–Sabes una cosa...

–No, señor.

–¡Me estás mintiendo! Y como sigas así, te voy a entregar al caracol. ¿Oyes?

Gritos provenían de ese lugar. Le dio otro puñetazo en el vientre.

–Si no me dices la verdad, te mando para allá para que te ablanden y te picanen.

–Señor, usted hágame todas las preguntas que quiera, le voy a decir nada más que la verdad.

–¿Por qué se asiló Juan Carlos López?

–Porque tuvo miedo. Porque otros amigos suyos se asilaban.

–¿Quiénes son esos amigos?

–Yo no los conocía. Él me habló de que algunos paisanos suyos ya se encontraban en la embajada.

–¿Por qué motivo?

–No lo sé.

–¡Tú no quieres hablar! Anda a tu sitio, mañana continuamos y piensa bien en lo que me vas a decir.

A las seis de la tarde nos sirvieron la comida en el velódromo. La trajeron en un carro del ejército. Era como una cocina y olla al mismo tiempo sobre ruedas, enganchada en el vehículo que la transportaba, en este caso un jeep militar. Después de haber comido un maldito tazón azul de garban-

zos duros como piedra, los doscientos prisioneros que habíamos sido sometidos a interrogatorio volvimos al estadio en tres filas, muchos como si volvieran de un combate, maltrechos, sucios, apoyándose unos en otros. Íbamos custodiados por una docena de soldados al mando de un teniente alto, delgado, moreno, con bigotes, de boina negra, que se desenvolvía con agilidad, subiéndose en promontorios y oteando a lo lejos posibles enemigos. Desenfundaba la pistola, la hacía girar en la mano y la enfundaba al mejor estilo de John Wayne. Todo el tiempo estaba yendo de la vanguardia a la retaguardia y mascullando palabras en inglés.

–Everybody down! –gritó de improviso.

Los que entendíamos un poco de inglés nos tiramos al suelo. Los otros no entendieron un carajo lo que estaba pasando.

–Everybody down!, ¿o acaso no hablo bien inglés? ¡Todo el mundo a tierra!

Nos tuvo un buen momento echados por tierra mientras miraba en derredor y les daba instrucciones de posición a los soldados.

–Okey! ¡Está bien! All right! ¡De pie! Ya saben lo que tienen que hacer si nos ataca el enemigo. ¡De frente, mar!

Llegamos al estadio y nos asignaron otro camarín. Todos habíamos sido interrogados una sola vez. Cuatro brasileños sugerían la forma de enfrentar los interrogatorios y nos entregaron pautas a seguir, porque ya antes habían vivido la misma experiencia en Brasil, antes de salir exiliados a Chile.

–No hay que preocuparse –decía uno–, te dan un golpecito por aquí y otro golpecito por allá, y nada más.

–Ni hablar –decía otro–. Si vocé fala, dice un nombre, está fundido. Usted da un solo nombre y usted ya no vale más nada para ellos. Como usted ya dio uno, le piden otro, y otro, y eso no acaba más y usted termina por entregar a su propia madre.

Otro comentaba que lo había interrogado un brasileño. Como todos eran refugiados políticos en Chile deducían

que los aparatos de seguridad de ambos países estaban trabajando en estrecha colaboración.

Antes de acostarnos, Lizzul, Roberto y yo, corroboramos lo que habíamos declarado. No caeríamos en contradicciones si nos ateníamos a la verdad y por eso no quisimos ponernos de acuerdo en nada. Tal vez era una trampa que nos dejaran juntos por la noche. Decidimos ceñirnos estrictamente a lo ya declarado y también no hablar más entre nosotros para no enredar las cosas.

A las 5.45 de la madrugada del sábado –estaba oscuro todavía–, un nuevo suboficial, típico jefe de tropa, alto y robusto, mestizo, de unos 45 años y con ojos chicos de ratón, nos hizo levantarnos y nos puso a trotar por la pista de ceniza hasta las 6.30, hora en que nos dejó frente al disco negro. Un cuarto de hora más tarde llegó el teniente “Made in U.S.A.” –como ya lo habíamos apodado–, con cara de recién despertado.

–¡Hey! –le dijo al suboficial–. Tú sí que eres un buen soldado, el ejército tiene muy poca gente como tú... ¡Pero traer a estos muchachos a esta hora!

–Usted dijo que los trajera temprano, mi teniente –dijo el imbécil.

–¿Sabes qué hora es?

–Sí, mi teniente, las seis con cuarenta y tres minutos.

–Con haberlos traído a las siete y media hubiera estado bien.

–A su orden, mi teniente –se cuadró el baboso.

–Llévalos a tomar café y me los traes a las siete y media.

Okey?

–¡A su orden, mi teniente!

A las 9.30 de la mañana ya estábamos los doscientos prisioneros que íbamos a ser sometidos a interrogatorio sen-

tados en los escaños del velódromo, separados en grupos de doce y encapuchados con la frazada. A Lizzul le habían asignado Martín 2 en el caracol norte. A Roberto, Lira de nuevo, y a mí, Chago 1, que se rumoreaba era uno de los más temibles, al igual que Martín 1 y 2, pero no en grado comparable a Verdugo, ya que se corría la voz de que éste era del grupo de esbirros encargado de las ejecuciones.

Lizzul se comunicó con el soldado encargado de la custodia de su grupo, le contó que el día anterior lo había interrogado Lira, quien ya tenía avanzada la investigación y estaba en posesión de sus documentos. De esta manera trataba de no caer en las fauces de Martín 2, pero... Lo sacaron al corredor exterior del velódromo y lo colocaron al lado de otros detenidos frente a una pared con los ojos vendados, puesta la frazada a modo de capucha y con la orden de no moverse ni un centímetro. Había sol y a eso del mediodía hizo un calor sofocante bajo la manta. Seis horas después de estar en la misma posición –eran las cuatro de la tarde–, alguien lo tomó del cuello.

–¡Vamos, camina!

Lo introdujeron en uno de los camarines del caracol y comenzaron a hacerlo girar como botella borracha hasta dejarlo de espaldas a un armario metálico. Recibió entonces un puñetazo en la boca del estómago.

–¡¿Ya sabes por qué estás aquí?! –gritó uno.

Lizzul, sin respiración, no podía hablar.

–¡Habla! ¡Habla! ¡¿Por qué estás aquí?!

–Me trajeron los carabineros.

–¡Lo trajeron los carabineros! –ironizó otro imitando su voz.

–¡Tú vas a decir por qué estás aquí!

Le revisaron los bolsillos.

–¿Dónde están tus documentos?

–Los tiene el señor Lira, él me interrogó ayer.

–¿Y por qué estás aquí de nuevo?

–Creo que porque ayer era tarde, eran como las cinco; me dijo que el interrogatorio continuaría hoy.

Uno de ellos salió a pedirle a Lira los documentos de Lizzul. Otros detenidos que eran interrogados simultáneamente en el mismo espacio daban gritos y alaridos. De pronto recibió un golpe en los testículos que lo hizo doblarse en dos.

–¡Conque te agarraron cuando te estabas escapando, ¡¿ah?! ¡Para adónde te estabas escapando!

–¡Yo no estaba escapando para ningún sitio!

–¡Ahora vas a hablar! –le daban lumazos en los muslos y las costillas–. ¡Ahora sí que vas a hablar!

Y surgió la pregunta más temida. La pregunta que no nos habían hecho todavía:

–¿Adónde ibas con Adolfo Cozzi?

–A su casa –mintió.

–¿Para qué?

–Para dejar allí unos libros que no eran míos.

–¿Cuántos y qué tipo de libros?

–Unos ciento cincuenta, todo tipo de libros.

–¡¿Marxistas, habían?!

–Sí. Algunos.

Lizzul trataba de emborracharles la perdiz, manteniéndolos en el terreno de los libros para que no siguieran preguntándole adónde iba ni adónde estaba alojando, ya que por ahí podían quedar al descubierto los amigos que le dieron refugio.

–¿Cuántos libros de esa mierda había?

–Treinta, cuarenta... –respondió Lizzul.

–Toda una biblioteca, ¿ah?

–Sí. Por eso nos detuvieron los carabineros.

–¿Qué libros había, por ejemplo? –preguntó otro.

–*El Capital* de Marx. Otro de Rosa de Luxemburgo...

–¿Y adónde está esa huevona? ¡Habla!

—No, ella es la que escribió el libro.

—¿Qué libro, huevón?!

—¿Qué me importan a mí esas huevadas! —aulló otro—. ¿Dónde están las armas?!

—Yo no sé de qué armas están hablando, ¡yo no sé!

Súbitamente no le hicieron más preguntas, se quedaron en silencio, inmóviles. Encapuchado como estaba, Lizzul trataba de percibir la presencia de ellos pero no podía. No volaba ni una mosca.

En eso, Lizzul sintió que alguien se acercó junto a él y comenzó a hablarle al oído con una voz extremadamente amigable.

—¿Tú eres italiano?

—Sí, señor.

—¿Por qué andas metido con esta gente?

—Mire, señor, yo no ando metido con nadie. Hablé con el cónsul sobre la situación y él me dijo que no me preocupara, que no tenía nada que temer.

—¿Cuándo?

—Tres días antes de que los carabineros nos detuvieran.

—Los carabineros dicen que te estabas fugando.

—No, señor, yo no estaba escapando, fuimos a buscar los libros a plena luz del día.

—¿Eran tuyos los libros?

—No. Algunos sí. Los técnicos de cine y fotografía.

—¿De quién eran?

—De un venezolano con el que arrendábamos juntos el departamento.

—¿Por qué se fue a su embajada Juan Carlos López?

—Yo creo que tuvo miedo, no sé, él tenía todos sus papeles en regla.

—Porque tuvo miedo, ¿ah? ¿Porque tenía todos sus papeles en regla? ¿En regla como los tuyos? Tu pasaporte está vencido hace tres meses. ¿Qué estabas haciendo ilegal en Chile?

-No me preocupé de renovar el permiso de estadía.

-¿Qué hacía Juan Carlos López aquí en Chile?

-Estudiaba economía.

-¿Dónde?

-En la Universidad de Chile.

-Entonces ese huevón era del MIR.

-No, no era del MIR.

-Socialista.

-No, tampoco.

-Comunista.

-No.

-¿Qué chuchas era entonces?

-Él tenía mucho dinero. Su padre es gerente de una compañía de petróleo en Venezuela.

-Y por eso se asiló.

-¡Claro! ¡Tuvo miedo!

-Putas la huevá pa' rara... Ya, déjame hasta aquí no más.

Chao.

Lizzul no supo si lo habían dejado solo de nuevo o estaban ahí sin hacer el más mínimo ruido. Advirtió que más allá estaban flagelando al ex intendente de Valdivia, preguntándole sobre especulación y acaparamiento de artículos de primera necesidad. Un uruguayo tampoco acababa nunca de hablar, los tenía locos. Al poco rato le llegó un lumazo en las costillas.

-¡Si no hablas por las buenas vas a hablar por las malas!

Di, ¿era mirista Juan Carlos López?

-¡No era mirista!

-¿Por qué lo defiendes, mierda, por qué?

-Yo no lo defiendo, le digo la verdad.

-¿Qué era, entonces?

-Nada. No militaba en ningún partido.

-¡Este huevón cómo lo defiende!

-¡No lo defiendo!

–¡Tú eres el mirista!

–No. Yo no me meto en política.

–¡Te agarraron con las manos en la masa y vienes a decir que no te metes en política!

–¿En qué me agarraron? Estaba trasladando unos libros...

–¡No me interesan los libros! ¡Contra el muro! –le dieron una avalancha de golpes–. Italiano...

–Sí, señor.

–¿Sabes una cosa? ¡Tú eres el mirista!

–¡No, no, yo no milito en ningún partido!

–Estás jodido italiano, ¿sabes por qué? Tu amigo Adolfo Cozzi ha hecho una declaración jurada de que militas en el MIR.

–¡Eso es mentira! ¡No es verdad!

Uno de ellos le apretó los testículos y le dijo que silbara. Lizzul trató de silbar pero no pudo.

–¡Más fuerte, silba más fuerte, mierda!

Reían.

–¿Eres mirista? ¡Di que eres mirista!

–Soy italiano, hablé con el cónsul...

–¡Cállate! ¡Contesta cuando se te pregunte!

Otro le tomó los testículos pero no se los apretó, se los manoseaba.

–¡Silba fuerte, mierda, más fuerte!

Lizzul silbó lo más fuerte que pudo. Se desternillaban de la risa.

“Si todo sigue así y no me preguntan lo que realmente tienen que preguntarme, todo va a andar bien” –pensó Lizzul.

–Ahora nos vas a decir en qué partido militabas.

–En ninguno, señor, no tengo por qué mentirles. Mire, yo fui a mi embajada...

–Sí, sí, fuiste a tu embajada a ver a tu embajador. ¡No fue eso lo que te preguntamos!

–Dejémoslo para mañana –intervino otro–. Ya son las seis.

–Como mañana no hables, te jodes. ¡Llévate esta porquería!

Le devolvieron los documentos. Y cuando el flagelador que lo condujo fuera del caracol le sacó la venda, Lizzul alcanzó a ver por debajo de la frazada los pantalones celestes del uniforme de la Fuerza Aérea.

Al reconocerlo, el teniente “Made in U.S.A.”, que ya lo identificaba por ser el único italiano del grupo a su cargo, se acercó a él.

–¿Cómo te fue?

–No muy bien, creo que tengo que regresar mañana.

–Pero, ¿te interrogaron?

–Sí.

–¿Firmaste?

–No.

El teniente lo quedó mirando con cierta preocupación, pero fue sólo un instante.

–Okey. Entonces métete en ese grupo. Tienes que volver mañana.

Por mi parte, entretanto, estuve sentado interminables horas con la frazada encima sin que nadie viniese ni me dijera nada. Me sentía como un caracol metido en su caparazón. De improviso escuché la voz del soldado que nos custodiaba.

–¿Quién quiere ir al baño?

Nadie respondió.

–Tú –dijo–, ¿quieres ir al baño?

–No, señor –respondió el primero de la fila.

–¿Y tú?

–No deseo, gracias.

–¡Está bien! –gritó–. ¡Con ganas o sin ganas, vamos a ir todos al baño! ¡Síganme!

Lo seguimos, encapuchados como estábamos. Nos sacó por el túnel al corredor exterior del velódromo.

—¡Sáquense las frazadas! ¡Síganme!

Era la una de la tarde. La hora en que los “fiscales” almorzaban, y no se veía a nadie. El soldado caminaba a un lado nuestro apuntándonos con el fusil ametralladora. Nos condujo hasta un terreno baldío donde crecía una maleza alta y verde que nos llegaba hasta las rodillas. Desde allí se veía el vendedor de fruta que voceaba su mercancía en la esquina, al lado del portón. Al frente, un colegio de niñas. De allá provenía la música, que llegaba entremezclada con risas y voces de juegos infantiles. Era la hora del recreo. Como dije antes, seguramente los altoparlantes habrían sido instalados con el objeto de evitar que las escolares oyeran los gritos de quienes estábamos siendo torturados. En un lugar la tierra estaba removida, como si hubiesen excavado una fosa y la hubieran vuelto a rellenar después. Pensé que podía ser una tumba. Más allá había otra fosa a medio excavar. El soldado andaba a grandes zancadas revisando la maleza. Por fin encontró lo que buscaba: una malla de nylon llena de naranjas y manzanas.

—¡Cómanse una manzana y una naranja cada uno! ¡Agáchense! ¡Si me descubren me hacen pebre!

Agazapados en la maleza comenzamos a comer.

—¡Rápido! ¡Cuando vayan terminando péguense una meada o hagan como que están meando!

Nunca más he vuelto a comer una manzana tan exquisita. Entonces me di cuenta del hambre que sentía. La naranja me la comí con cáscara y todo.

—¡Ya, vamos de vuelta! ¡Pónganse las capuchas!

Íbamos entrando al túnel hacia las graderías cuando se oyó una voz:

—¿Y esa gente, de adónde la trae?

—Los llevé al baño, mi teniente.

–Está bien. Llévalos a su lugar. ¡Y rápido!

–¡A su orden, mi teniente! ¿Oyeron? ¡Al trote!

Hizo amago de darme una patada. Me rozó apenas.

–¡Ya, sentarse! –gritó–. ¡Y pobre del que trate de mirar porque lo hago estofado!

Nos sentamos y alguien murmuró:

–Gracias, mi soldado.

–Nadie habla, ¿entendido? –vociferó–. ¡O lo hago pebre!–, y se marchó.

A eso de las tres fueron a buscar al primero de mi grupo. Tardó media hora en regresar. Calculé que a ese ritmo, como éramos doce y yo estaba al final, no alcanzarían a interrogarme antes de las cinco. Me equivoqué. Faltaban diez minutos para las cinco cuando un soldado me dejó encapuchado con la frazada en manos de Chago 1 en el túnel sur.

–¿Tu apellido es italiano? –me preguntó uno.

–Sí.

–¿Y sabes hablar italiano?

–No.

–¡Aquí vas a aprender puh, conchas de tu madre!

Me agarró apretándome la frazada en torno al cuello y me hizo correr cada vez más rápido hasta que me estrellé violentamente contra el muro. Caí de espaldas y me azoté la nuca en el suelo de cemento. La frazada voló lejos y entonces los vi. Eran tres uniformados de la Fuerza Aérea, dos de ellos con lentes ahumados. Vestían la clásica casaca de aviador y los pantalones celestes. Un civil estaba sentado detrás de una mesa en la que había una máquina de escribir. Tendría unos cuarenta y cinco años, pelo castaño, usaba unos lentes cuadrados que calzaban perfectamente con su rostro. Vestía elegante: chaqueta a cuadros café, camisa blanca y corbata. La inflexión de su voz era la de un abogado.

–¿Qué estás mirando? ¡Cierra los ojos!

Instintivamente cerré los ojos. Veía estrellas y luces de todos colores. Sus caras, con el golpe, se grabaron en mi memoria como una instantánea fotográfica. Todavía esos rostros me persiguen en algunos de mis sueños. Volvieron a colocarme encima la frazada. De mis oídos brotó un zumbido parecido al que hace un panal de abejas cuando uno le pega con un palo, y debo haber perdido en parte la conciencia porque ya no discerní las voces que se dirigían a mí ni acusé recibo de la andanada de patadas, lumazos en los testículos y bastonazos en la espalda.

—¡Grita! ¡Aquí todos gritan! ¡¿Por qué no gritas?! ¡Grita, mierda, grita!

Pero sus voces llegaban a mí desde demasiado lejos y su sentido se esfumaba en el zumbido de estrellas que desfilaron por mi cerebro.

—¡Grita! ¡¿Por qué no grita esta mierda?! ¡Grita!

—Llévatelo —distinguí de otra voz—. ¡Mañana veremos si gritas o no!

De regreso al estadio, el teniente “Made in U.S.A.” iba haciendo su show:

—¡Van a caminar despacio, si se oyen tiros, todos se echan al suelo! All right?

Antes de entrar en el camarín N 14, recibimos un tazón azul de porotos duros como piedra y un pan.

Arrebujado en mi inseparable frazada me tiré en un rincón del camarín y me dormí profundamente.

Esa noche tuve un sueño: mis ojos eran los de un ave, mi mirada planeaba ora en el cielo azul, ora en el verde del césped de la cancha de fútbol. El sol, radiante, no me encandilaba, y su luz influía en las cosas otorgándoles perfiles exactos, nítidos, haciendo más breves las distancias y aumentando el tamaño de los objetos más lejanos. Iba describiendo una espiral alrededor del estadio, espiral que se fue cerrando.

do cada vez más sobre el centro del campo de juego: ahí, en la cabecera de una fosa, había una cruz. El estadio estaba vacío. Sólo se escuchaba el siseo de mi vuelo. Me posé en la cruz. Adentro de la fosa, semicubierto de tierra, había un cadáver con los ojos abiertos. Era el mío.

Pero de pronto, divisaba a alguien en las graderías. Un coronel de ejército estaba sentado en la tribuna presidencial. Súbitamente se puso de pie, bajó los escaños, franqueó una puerta en la reja, atravesó la pista de ceniza y cruzó la cancha, deteniéndose al borde de la sepultura.

—¿Cómo está? —me dijo.

Pensé: “he adoptado la condición de la medusa”.

—Levántate y sígueme —oí la voz del oficial.

Traté de moverme pero no pude, el peso de la tierra me lo impedía. Quise gritar, pero tampoco pude, tenía la boca llena de tierra. Quise ver, y sentí el primer picotazo del pájaro que comenzaba a arrancarme los ojos.

Era la pesadilla.

Desperté con un disparo y gritos. La puerta metálica del camarín se abrió violentamente y se encendió la luz. Entraron civiles y militares armados.

—¡Todo el mundo sentado! ¡Todo el mundo mirando hacia acá!

En el marco de la puerta apareció entonces un encapuchado. Una tela negra le cubría la cabeza y parte de los hombros. A través de dos orificios sólo se veían sus pupilas moviéndose de un lado para otro en el globo ocular, recorriendo implacablemente cada uno de nuestros rostros. Hubo un silencio de muerte. Hasta que extendió un brazo que se alzó como un ala negra y señalando a uno de los presos, dijo:

—Ése, ése que está ahí.

Lo sacaron a empellones, a culatazos y patadas. Dieron un portazo. Cerraron con llave. Se oyeron gritos. Y luego,

nuevamente la oscuridad y el silencio. Para rematar esa infausta noche, al rato después tembló, bastante fuerte.

El día siguiente fue domingo 7 de octubre. Pero los “fiscales” no descansaron. Se rumoreaba que el estadio debía ser evacuado a la brevedad posible debido a un encuentro de clasificación para el campeonato mundial de fútbol entre las selecciones de Chile y de la Unión Soviética.

Esa mañana quedamos bajo el mando de un capitán bajo y gordo, de bigotes anchos, con cara de maldito, y de un teniente que afectaba un rictus de desprecio e instruía constantemente a los soldados para que nos apremiaran con patadas y culatazos. Los mismos soldados que los dos días anteriores nos trataron con consideración debían ahora acatar órdenes a contra corazón. El traslado al velódromo, que el teniente “Made in U.S.A.” hacía con tanta facilidad y eficacia, fue para ese par de idiotas todo un problema. Se sucedieron órdenes y contraórdenes. Tuvieron que pasar lista varias veces y volver a hacer la formación otras tantas.

De los 260 prisioneros que esperábamos la llegada de los “fiscales” en la tribuna de la pista de ciclismo, Lizzul, Roberto y yo éramos los de mayor experiencia: ¡veníamos por tercera vez!

Hasta las diez de la mañana nos tuvieron sentados sin capucha. A esa hora vimos entrar por el portón de la reja el furgón utilitario que traía a los “fiscales” y nos mandaron encapucharnos. El puesto de fruta estaba cerrado.

Me resultaba inusitado pensar que alguien podía levantarse una mañana de domingo, tomar desayuno con su mujer, darle un beso de despedida a sus hijos y marcharse al “trabajo”, a ese sucio “trabajo”.

Los parlantes comenzaron a vomitar nombres y a formar los grupos de a doce detenidos. A Lizzul lo enviaron de Martín 2 en el caracol norte, a Chago 2 en el caracol sur. A

Roberto donde Chago 1 –que me había interrogado el día anterior–. Y a mí donde Rico, en el túnel norte que da acceso a las graderías. La fórmula fue:

–Cozzi, Figueroa, Adolfo: Chago 1, páselo a Rico.

Formados los grupos, nos instalaron a los doce en un escaño situado junto a la boca del túnel. Lizzul había hecho un agujero en la frazada con un imperdible, y a través de su “ventana” podía ver el ir y venir de soldados, uniformados y de los “fiscales”. De pronto, el cara de maldito miró en la dirección de Lizzul y comenzó a caminar hacia él. Lizzul tuvo la impresión de que lo había descubierto y se quedó quieto y firme mirando cómo se acercaba a él... Pero pasó de largo y se dirigió al centro del campo. Por los altoparlantes dieron la orden de quitarnos la frazada. En la pista de bicicletas Lizzul reconoció al lumpen que le había conseguido los zapatos a Gabriel la noche en que llegamos al estadio. Lo tenían completamente desnudo. Para que pudiera mantenerse en pie, lo sujetaban dos civiles de terno, uno joven y otro mayor, gordo, con bigotes, camisa blanca y corbata, con armas en la mano. Uno de ellos le tenía puesto el cañón de la pistola en la sien y el otro lo alzaba del pelo. De esa manera lo llevaron de grupo en grupo alrededor de la pista para que reconociera a alguien. Casi no podía caminar. Se veía flaco, tenía la cabeza ladeada, los ojos inexpresivos, y de la boca le manaba un hilo de sangre. Con la mirada errante buscaba entre nosotros a alguien. Pareció que el tiempo se hubiese detenido. Todos estaban pendientes de él, mudos y tensos. El muchacho siempre andaba por todas partes, nos conocía a todos. ¿Cuántas veces habíamos cambiado el tema de conversación cuando se unía a nosotros con cualquier pretexto? Lizzul recelaba que hubiese podido oír algún concepto suyo comprometedor por el cual acusarlo. En ese mismo instante el lumpen se detuvo frente a él. Uno de los civiles lo presionó con el cañón en los riñones para que se apresurara a identificar a alguien. Lentamente, el lumpen levantó el brazo y señaló al

prisionero que se encontraba justamente al lado de Lizzul. Lívido, el prisionero reaccionó como pinchado por una aguja y se puso de pie.

—¿Qué?! ¿Me está señalando a mí? —exclamó.

Uno de los civiles le hizo un gesto para que se apartara del grupo.

—¡Señor! —gritó el prisionero—. ¡Yo quiero aclarar de inmediato esta situación, no conozco a ese muchacho!

El civil apremió aún más al lumpen tirándole el pelo y señalando con la pistola el grupo de Lizzul, para que ratificara la identificación que había hecho. Finalmente, el lumpen dejó caer el brazo y negó con la cabeza. Luego le preguntaron explícitamente por Lizzul, quien contenía la respiración sintiendo los ojos del muchacho clavados en él. Después de algunos eternos segundos, el lumpen negó con la cabeza. Siguieron la ronda. Lizzul se desinfló de la tensión y se dejó caer en la banca. En eso, el delincuente se desplomó y lo dejaron allí cubierto hasta la boca con una frazada. Cuatro días más tarde, Lizzul tuvo la oportunidad de conversar con el lumpen y se enteró de que lo torturaban para que “informara” sobre los prisioneros con quienes había compartido dentro del estadio y que para evitarse sufrimientos terminó respondiendo afirmativamente a cualquier acusación.

A las 11.00 de la mañana se llevaron a Lizzul al caracol sur donde Chago 2. Cuando le vendaban los ojos, ahora con tela adhesiva, distinguió de nuevo el pantalón celeste del uniforme de la Fuerza Aérea. Lo colocaron frente a una pared de cemento apoyado con las manos en alto y las piernas abiertas.

Aproximadamente a la misma hora, un soldado fue a buscarme y me dejó en la misma posición que Lizzul: contra un muro, pero en el corredor exterior, bajo el sol. A eso del me-

diodía alguien me tomó del hombro y escuché la fatídica voz extremadamente amable que me preguntó:

–¿Tú eres cristiano?

–Sí, señor.

–Entonces, arrodíllate. Pon las manos en la nuca. No te muevas ni un centímetro. Si quieres, reza como buen cristiano; de algo te puede servir porque si no hablas te van a matar.

–¡Pero este huevón no es chileno! ¿De adónde eres?

–Italiano, señor –contestó Lizzul.

–Conque italiano, ¿ah? ¡Todos los italianos son unos maricones! ¿No es cierto que los italianos corrían como maricones en la Segunda Guerra Mundial?

–Eran unos gallinas –dijo otro–. ¡Tú eres un gallina, italiano maricón! ¡Cacarea! ¡Cacarea!

–Eso no es verdad –dijo Lizzul–. La historia no es así.

–Ey –llamó uno de ellos– ¡Aquí tenemos un italianito maricón!

Entonces acudieron otros interrogadores de un grupo vecino, como si los estuviesen invitando a una fiesta.

–¡Desabróchate el marruecos! –exigió uno.

–Pero, señor, si yo no soy homosexual...

–¡Desabróchate el marruecos, mierda!

¿Cuánto tiempo estuve de rodillas? ¿Dos horas? ¿Tres? Yo no sé, pero un suplicio tan fino, tan sofisticado, tienen que haberlo inventado los romanos para disuadir a los cristianos de rezarle a Dios en esa posición. No creo que haya otra postura en que el cuerpo sufra tanto, pasado un rato prolongado. Quien me fue a buscar tuvo que ayudarme a ponerme de pie porque tenía las piernas anquilosadas. Y mientras me paseaba encapuchado para que mis piernas recuperaran la movilidad, volvió a dirigirse a mí la voz extremadamente amable que ahora me pareció era la de Lira, aunque no lo puedo asegurar porque la camuflaba impostándola.

–Tú eres muy joven –me decía–. Tienes apenas 19 años. Todavía no te has casado. No has tenido hijos. Tienes la vida por delante. Tú tienes que salvarte. Tienes que hablar.

–¿Qué quieren que hable? Ya les dije todo, y es la verdad.

–Sí, si sabemos que has dicho la verdad, pero ahora te estamos preguntando otra cosa.

–¿Qué?

–Que nos des nombres de militantes de partidos de la Unidad Popular, en tu barrio, en tu universidad, entre tus amigos.

–Ya le dije que eso es imposible. No daré ni un solo nombre.

–Entonces significa que conoces gente y te estás negando a colaborar.

–Yo no conozco a nadie. Nunca he militado en ningún partido.

–¡Mientes! ¡Es imposible que no conozcas a nadie! Dijiste que simpatizabas con la Unidad Popular.

–Si es por eso, un 43% de chilenos votaron por la U.P. en las últimas elecciones parlamentarias. Casi la mitad de Chile. Usted también tiene que haber conocido gente de izquierda, ¿por qué no los denuncia usted?

–¡Ya, me cansaste! –gritó–. Contigo no se puede dialogar. Hice lo posible por salvarte. Tú no quieres, es cosa tuya. Allá tú.

–¡Ahora bájate los pantalones!

–Señor, mire... –musitó Lizzul.

–¡Bájate los pantalones!

–¡Señor! –exclamó Lizzul–. ¿Por qué no me preguntan sobre cosas que yo pueda responder?! ¡Ustedes no me dejan hablar! ¿Por qué no me dejan hablar? ¡No tengo por qué mentir, ustedes pueden comprobar todo lo que les estoy di-

ciendo! ¿Por qué no lo comprueban? ¿Quieren que hable?
¿Qué quieren que hable? Si no sé lo que me preguntan. ¿Por
qué no terminan conmigo? ¡Por qué no terminan conmigo
de una vez por todas!

–Tú y tu amigo Adolfo salieron a comer un día con unas
amigas. ¿Quiénes son?

–Fuimos a comer al restaurante El Cordobés.

–¿Quiénes estaban allí?

–Adolfo, dos amigas, Juan Carlos López y yo.

–¿Cómo se llaman?

–Una era Cecilia. Una amiga mía peruana.

–¿Qué hace aquí en Chile?

–Ella no está aquí.

–¿Dónde está?

–Regresó al Perú. Vino de vacaciones.

–La otra, ¿cómo se llama?

–Amalia. Era una amiga de Juan Carlos López.

–¿Dónde está?

–En Venezuela. También estaba de vacaciones.

–¡Este huevón habla de pura gente que no está!

–¿Y Juan Carlos López?

–Ya les dije que se asiló en su embajada.

–¿Era del MIR?

–No, no era.

–¡Italiano! –rugió–. ¡Tú eres el mirista! ¡Tupamaro! ¡Ita-
liano tupamaro, vas a hablar, ahora vas a hablar, ahora vas a
ver, vas a ver!

–Yo no soy tupamaro. Hablé con mi embajador.

Uno de ellos le tomó una mano y con un alicate trataba
de sacarle la uña del dedo medio.

–¡Te las vamos a sacar una por una si no hablas!

–¿Le tienes miedo a la muerte? Di, ¿le tienes miedo?

–Señor, yo creo que todos tenemos un poco de miedo a
morir.

–Ya es tarde, vamos a almorzar y a la tarde nos servimos este italianito como postre. ¿Escuchaste? Si a la tarde no hablas, ¡pum! ¡pum! ¡pum!

Esa amenaza la acompañó poniéndole a Lizzul la pistola en la sien.

A las dos o tres de la tarde nos llevaron al corredor exterior a comer. Lizzul y Roberto ya estaban allí. A Roberto lo habían golpeado tanto como a Lizzul, y aunque no quería hablar con nadie, por la expresión de su rostro sabíamos que estaba satisfecho de sí mismo. Nadie había dicho nada sobre los amigos donde habíamos refugiado a Lizzul. Eso, para nosotros, era lo más importante, el juramento que habíamos hecho. Era una cuestión de honor.

–Ahora sé que tengo un coraje de la puta madre, coño –dijo Lizzul.

–¿Te preguntaron del restaurante?

–Fue un error contarles eso –me dijo Lizzul.

Lo miré sorprendido porque nos habíamos puesto de acuerdo en que eso sí podíamos contarlo porque se trataba de personas que ya no estaban en el país.

–Sí, lo sé –me dijo. Pero me están presionando mucho con esa historia.

Iba a llevarme una cucharada de garbanzos duros a la boca, cuando sopló una suave brisa que traía un indecible olor a cadáver en descomposición. Venía del lado del caracol sur. Reprimí una arcada. No quería seguir comiendo.

–Come –me dijo Roberto–. Ahora es cuando más necesitas comer.

Hice de tripas corazón y seguí comiendo. Nauseabundo, el olor atacaba en sucesivas oleadas. Tuve la impresión de que todo, mi ropa, mi nariz, había quedado impregnado de ese olor pútrido.

—¡Coño! —exclamó Lizzul—. ¡Para que los cadáveres huelan así tienen que pasar por lo menos quince días!

Sentado en el escaño, tapado con la frazada, junto a los otros once detenidos que formaban mi grupo, fui oyendo sus interrogatorios. Eran todos funcionarios del Ministerio de Obras Públicas.

Francotiradores habían disparado desde las ventanas de ese Ministerio a las fuerzas militares que rodeaban La Moneda, el 11 de septiembre, y los buscaban.

Debían declarar exactamente lo realizado ese día desde el momento en que habían llegado al trabajo hasta cuando fueron detenidos. Los enviaban de vuelta y media hora después los hacían repetir la declaración y corroboraban que no hubiera contradicciones. Cuando las había, las resolvían a golpes. Junto a mí estaba Hugo Lepe, famoso ex jugador de la selección nacional de fútbol, ahora funcionario de ese Ministerio.

—¿Cómo te llamas?

—Hugo Lepe.

—¿Cuál es tu profesión?

—Soy ex jugador de fútbol. Del Colo Colo.

—Sí, huevón, si te conocemos, pero no te trajimos aquí para conversar de fútbol. Cuéntanos todo lo que hiciste el día 11 de septiembre, desde que llegaste al Ministerio hasta que te detuvieron.

A las tres de la tarde volvieron a vendarle los ojos a Lizzul.

—Ahora sí, ítalo. Vamos, comienza a hablar.

—Señor, yo no sé nada sobre lo que me preguntan.

—Conque no quieres hablar, ¿ah?

—¡Señor, hágame preguntas que yo pueda responder!

—¿Dónde están las armas? ¿Dónde están tus compañeros?

—¿Qué compañeros? ¿Qué armas?

—¡En el estadio hay varios compañeros tuyos! ¿Quiénes son?

—No sé de qué me está hablando.

—¡Sácate las manos de los huevos!

—Juan Carlos López —dijo otro—. ¿Qué cargo tenía en el

MIR?

—No era del MIR.

—Ah, no, ¿y qué es lo que era, entonces?

—Era un hijito de su papá.

—¿Por qué se asiló?

—De miedoso que era.

—¿Qué militantes de la U.P. conoces? ¡Di un nombre!
¡Di un nombre, hijo de puta!

—¡Nosotros sabemos que eres tupamaro!

—¿Dónde están las armas?

—¿Quiénes son?

—¡Di, di: nombres, direcciones, teléfonos!

—¡Tú eres terrorista italiano! ¡Te vamos a matar si no hablas, te vamos a matar!

—Pero qué quieren que les diga —dijo Lizzul—. Yo no sé de qué están hablando, yo no conozco a nadie aquí en el estadio.

—¡Este hijo de puta no dice nada! ¡Terminemos con él!
¡Desvístete!

—¡Pero, señor, estoy diciendo la verdad!

—Desvístete, mierda, desvístete.

Le quitaron la frazada de encima para que pudiera sacarse la ropa, le ajustaron la venda de los ojos colocándole algodón a presión por debajo de ella, le pusieron también algodón en la nariz, y desnudo lo sentaron en una silla amarrándole los pies con tiras de tela a las patas y sus manos al respaldo de ésta. Después le colocaron en las sienes dos polos —percibía el frío del metal—, y reclinaron la silla hasta de-

jarlo de espaldas en el suelo con la cabeza apoyada sobre la frazada.

–Bien –dijo uno– ¡Ahora vas a hablar! ¿Sabes quiénes somos nosotros?

–No, señor.

–¿Conoces al escuadrón de la muerte brasileño?

–No, señor.

–Ahora vas a conocer al escuadrón de la muerte chileno.

–¡Shhht! –lo hizo callar otro de los interrogadores–. ¡Cómo se te ocurre decirle eso! Ahora van a saber que existimos.

–Y total, ¿qué importa? –se defendió el que había cometido la indiscreción–. ¡Si este huevón es hombre muerto! ¡Y los muertos no hablan!

–Éste es el que ayer nos vio –me dijo uno cuando entré encapuchado al túnel.

–¡Toma esto por sapo! –me dio un lumazo en los riñones.

–¡Y esto es para que se te borre la memoria! –dijo otro haciéndome tomar vuelo y estrellándome la cabeza contra la pared.

–¡Habla!

–Si usted me hace preguntas, yo le contesto –dije.

–¡Nombres! ¡Direcciones! ¡Empieza a cantar!

Estaban realmente obsesionados con el tema.

–Ya les dije que no puedo dar ningún nombre.

–¡Bájate los pantalones!

Me bajé los pantalones y recibí un lumazo en los testículos. Me mordí el labio inferior y respiré hondo. No articulé ningún sonido.

–¡Di algo!

No dije nada.

–¡Di algo, di algo!

Un silencio enorme crecía involuntariamente en mí. Estaba aterrizado.

-¡Habla!

Me llovieron patadas, culatazos y cabezazos contra el muro. En algo me protegía la frazada.

-¿Por qué no dice nada esta mierda?

-¡Vamos a ver si se quedó mudo!

Con una mano me jaló los testículos y con la otra les dio un lumazo.

-¡Grita! ¡Grita!

-¿Pero por qué no grita este huevón?!

-¡Di algo! ¡¿Cómo te llamas?!

-¡Di algo por la misma mierda!

-¡Grita!

-¡Este huevón me va a volver loco!

-¿No se nos habrá ido cortado?

-¡Está más vivo que yo este huevón!

-¡Grita! ¡Grita! -aulló uno.

-¡Pero por qué chuchas no gritas! -rugió otro.

La verdad era que no podía. Era como estar en una pesadilla, quería gritar pero por el dolor no podía, quería deshacerme de esa realidad pero no podía. De pronto sentí que una distancia infranqueable me separaba de ellos. Era la distancia que separa a un sueño de la realidad. El silencio me envolvía con un gran manto negro. Era un silencio de muerte. Algo en mí se moría. Y ya no me importaba nada. Lo único que aún me importaba era no decirles nada.

Cuando le pusieron electricidad en las sienes, Lizzul sintió un zumbido constante, al principio lento, luego más fuerte, después lento de nuevo. Perdió el control, le parecía que la cabeza le iba a estallar. Se convulsionaba intentando zafarse las amarras y sacarse los polos pero se lo impidieron aplastándole con una bota el pecho. Alzaron al máximo la

corriente y Lizzul se sacudió espasmódicamente. Su descontrol fue total.

—¡No! ¡No! —gritó con un quejido inhumano que lo sorprendió a él mismo porque le salió de la entrañas, como si la carne hubiese hablado por sí misma con una voz desconocida.

—¿Era del MIR Juan Carlos López?

—No.

—¿Tupamaro?

—No.

—Y tú, ¿qué eres?

—Soy italiano. Soy fotógrafo.

Ahora sintió la electricidad en el pene y en los testículos.

—¡Ponle más fuerte!

—¡No! ¡No! —gritó Lizzul—. ¡Basta! ¡Está bien! ¡Basta!

—¿Vas a hablar? ¡Habla! ¿Cuál era tu actividad?

—Soy fotógrafo. En casa Moretto, Lobbe y Reifschneider me conocen.

—¿Tú has fotografiado a la Sofía Loren?

—No, no, señor.

—¿La conoces?

—No personalmente.

—¿Te gustaría tomarle una foto desnuda?

Lizzul no contestó.

—Cuando se baña, ¿es cierto que no se moja los pies?

—No sé, señor.

—¡Este huevón no sabe nada!

—¿Te gustaría acostarte con ella?

—Italiano —dijo otro—. Estás jodido. ¿Sabes por qué? Porque no vas a poder acostarte con ella ni con ninguna otra mujer. ¿Sabes por qué? Porque te vamos a cortar los huevos.

Se los jaló con una mano e imitando con los dedos de la otra una tijera, hizo como que se los cortaba. Se echaron a reír.

Yo estaba de rodillas.

–¿Sabes lo que es esto? –preguntó uno poniéndome una pistola en la mano.

–Sí, una pistola.

–Se ve que la sabes manejar.

–No tengo idea.

–Esto, ¿qué es? –interrogó guiando mi dedo.

–El gatillo.

Me la puso en la sien.

–¿Está cargada? –pregunté.

–Apreta el gatillo.

Temblando, a punto de estallar en llanto, gatillé. Sólo se oyó el chasquido seco del percutor en el vacío. Se hizo un prolongado silencio.

–Di algo –dijo uno de ellos.

–No estaba cargada –dije.

Se rieron. Nuevamente hubo un silencio.

–Habla –me urgió otro.

–No estaba cargada –repetí.

Se rieron de nuevo.

–¿No tienes nada que decir?

–¿Qué quiere que le diga?

Se quedaron callados un rato, después hablaron entre ellos en voz muy baja, y aparte.

–Está bien –dijo otro. Levantando un poco la frazada me pasó un papel y la mantuvo alzada de modo que pudiese leer-. Lee.

En quince líneas estaban resumidas mis declaraciones de los tres días de interrogatorio. Encontré una sola objeción.

–Yo no dije esto.

–¿Qué?

–“Yo sabía que Lizzul estaba ilegal en el país”.

–¿Y qué dijiste?

–“Yo supe aquí en el estadio que Lizzul estaba ilegal en el país”.

Me arrebataron la hoja y oí el teclear repetido sobre una sola tecla, el cambio de espacio y el teclear normal de una frase.

–Lee ahora –me dijo pasándome de nuevo el papel–. ¿Ahora está bien?

–Sí, está bien.

–Apóyate aquí y firma.

Tomé el lápiz, me apoyé sobre la mesa y firmé. No me había dado cuenta de que tenía la mano bañada en sangre y la hoja se manchó.

–Ahora escribe tu nombre con letra imprenta.

–Ponte de pie –me ordenó otro.

Traté de levantarme pero no pude. Tuvieron que ayudarme.

–Llévatelo a su lugar –le indicó después a un soldado.

–A ver, ítalo, ya que no conoces a nadie afuera, dinos, aquí en el estadio, quiénes son tupamaros, miristas, socialistas, comunistas.

–Yo no sé.

–O sea, no hay miristas, no hay tupamaros, no hay comunistas.

–No sé, no sé, debe haber pero yo no los conozco.

–Todos los mierdas como tú que están aquí son marxistas y tú dices que no son nada.

–Yo no sé.

–¡Ponle más corriente!

–¡Yo no lo sé! ¡Yo no lo sé!

–¡No te muerdas la lengua!

–¡Ponle allí! ¡Eso, en el ombligo!

–Soy súbdito italiano. Hablé con el cónsul. Soy fotógrafo.

–Este desgraciado habla mucho pero no dice nada. ¡Es un extremista! Vamos, desátenlo. Lo vamos a fusilar.

Lo soltaron de la silla y le dieron ropa para vestirse. Entre dos lo tomaron de los brazos para ayudarlo a caminar. Uno de ellos, la voz “amigable”, le hablaba en el oído.

—Ítalo, tú no has dicho nada, estás jodido. ¿Qué pasa? ¿No quieres vivir? Mira, habla ahora, es tu última oportunidad. Estoy haciendo lo posible por salvarte. Estos gallos te tienen entre ceja y ceja. Te van a matar, te van a fusilar. ¡Sálvate! Te escucho...

—Señor, ¿cómo quiere que conteste a cosas que no sé?

—Está bien. Siéntate en el suelo. Ponte la frazada encima.

Pasaron algunos minutos durante los cuales los “fiscales” deliberaron en voz baja.

—Ítalo, ¿cuántos años tienes?

—31.

—Está bien. Levántate. Firma aquí.

—¿Dónde, señor? No veo.

—Sáquenle la venda.

Lo hicieron ir hasta un escritorio y le pasaron una hoja escrita a máquina. Tenían tapado el texto con las manos.

—Señor, ¿puedo leer lo que voy a firmar?

—¡Firma no más, qué mierda vas a leer! ¡Firma, firma!

Después de firmar uno de ellos lo encaminó a la salida del caracol sur.

—Italiano —le dijo antes de entregarlo a un soldado—, prepárate porque te vamos a llamar de nuevo.

El soldado me hizo pasar el brazo sobre sus hombros y me ayudó a caminar. Cuando estuvimos a unos veinte pasos de distancia —por la luz deduje que ya habíamos salido del túnel—, me preguntó:

—¿Firmaste?

—Sí.

—Quiere decir que ya terminaron contigo. Ya pasó todo, ¿oíste?

–Sí.

–¿Quieres ir al baño?

–Sí, gracias.

En la puerta del retrete me dijo que ya podía sacarme la frazada de encima. Había otro soldado un poco más allá.

–Demórate lo que quieras –me dijo el soldado–. No hay apuro.

–Gracias.

El W.C. casi rebosaba de excrementos. Cerré con cuidado la puerta, me saqué los pantalones y me subí a la taza, poniéndome en cuclillas para no tocarla. Defecué y oriné al modo turco. Me congratulé de haber tenido la precaución de guardar un papel en mi bolsillo. Analicé las heces y no vi trazas de sangre.

“Todo está bien –pensé–, no hay lesiones internas”.

Salí del baño y le pregunté al soldado si me podía dar agua.

–Vamos –me dijo–. Y me llevó hasta una llave.

Hice gárgaras, bebí profusamente, me lavé la sangre coagulada de la mano –era sólo un rasmillón–, me lavé la cara, me mojé el pelo, quise ponerme encima la frazada a modo de capucha pero el soldado me dijo que ya no era necesario.

–¿Quieres fumar? –me preguntó mientras caminábamos hacia las graderías.

–Sí.

Me dio un cigarrillo, me lo encendió, y cuando encendía el suyo me di cuenta de que estaba llorando.

–Suerte –me dijo, enjugándose una lágrima con el dorso de la mano–. Tira pa’ arriba.

Ya de vuelta en el estadio me sorprendió el estado físico de Lizzul. Pálido, demacrado, con ocho kilos menos, iba por la pista de ceniza arrastrando los pies como un anciano. Parecía uno de esos judíos que se ven en las películas de cam-

pos de concentración alemanes. Al verme, se aproximó a la reja.

–¿Firmaste? –me preguntó.

–Sí. ¿Y tú?

–Sí. Coño... –me miró muy triste.

–Parece que con la firma se termina todo... –dije.

–Espero –dijo respirando hondo–, porque si me llaman de nuevo yo ya no volveré.

Lizzul siguió camino hacia su lugar, con pasitos cortos, descoordinados, arrastrando los zapatos.

(Hace una semana, en junio de este año 2000, recibí una carta suya desde Italia en la que me cuenta que sufrió una embolia cerebral que le paralizó el brazo derecho y no puedo evitar hacer la relación entre el estado en que vi a Lizzul después de la tortura y su actual enfermedad. Por eso ahora lo consigno en este libro).

Al día siguiente, lunes 8 de octubre en la mañana, Lizzul se cruzó con el músico Ángel Parra, quien estaba en el camarín 12, al lado del suyo.

–¿Isabel? –le preguntó.

–Embajada de México –le contestó Ángel.

–¿Tío Roberto?

–No lo han agarrado.

–¿Te han interrogado?

–Sí –contestó Ángel con una sonrisa, y agregó irónico–: con mucho cariño.

A mediodía llamaron por los parlantes a todos los extranjeros que se encontraban en el estadio –entre ellos, 56 uruguayos, 15 brasileños, 22 bolivianos, 7 peruanos, un cubano, nicaragüenses, dominicanos, argentinos; en total, un centenar de hombres y 80 mujeres– para presentarse en la tribuna del marcador con el objetivo de tener una charla con cuatro miembros de la Comisión de Derechos Humanos de

las Naciones Unidas y con la Cruz Roja. Uno de ellos, mientras se explayaba en relación al aspecto técnico de las diferentes fórmulas que se estaban barajando para trasladarlos a sus respectivos países en el caso de que no fueran requeridos por los tribunales militares, fue interrumpido abruptamente por una monja que alzó su voz llena de coraje.

—¡En este instante aquí en el estadio se está torturando y asesinando gente! Yo lo desafío a usted —se dirigió ahora directamente al comandante del estadio— a que lleve a estos señores al recinto del velódromo para que se den cuenta de lo que está pasando ahí. ¡Porque usted sabe muy bien lo que está pasando!

El comandante se quedó mudo. Desde más lejos, un civil disparaba sin cesar el obturador de una cámara fotográfica con teleobjetivo sobre los denunciantes.

—¡Mi mujer que está en el recinto de la piscina fue vejada y ultrajada! —gritó un brasileño.

—¡Entran de noche a los camarines y a mi esposa la manosearon! —gritó otro.

Esto ya fue más de lo que los militares podían tolerar.

—¡Ninguno de ustedes...! —gritó el sargento que se encontraba a cargo de la tropa que vigilaba—, ¡ningún extranjero va a venir aquí a insultar al ejército de Chile!

Dio la orden y uno de los soldados encañonó amenazante a los que protestaban para silenciarlos mientras otros dos tomaron al brasileño, lo llevaron unos metros aparte y comenzaron a golpearlo con las culatas de los fusiles, a vista y paciencia de los miembros de la Comisión de Derechos Humanos y de la Cruz Roja, quienes no se atrevieron a decir ni hacer nada, y sólo prometieron regresar unos días más tarde con formularios para agilizar posibles trámites.

El viernes 12 de octubre, día del descubrimiento de América, estaba yo en el baño lavando mis calcetines y cal-

zoncillos, aprovechando el día soleado –que permitiría que se secaran rápido–, cuando de repente creí que alucinaba. Todo el estadio había gritado ¡Gooooool!, con el mismo ímpetu y efervescencia que durante un partido de fútbol. Partí para las graderías tratando de mover lo más rápidamente posible mis adoloridos huesos.

Se trataba del jardinero. Con una máquina de cortar pasto a motor, avanzaba de un lado a otro rebajando la grama. Cuando se iba acercando al arco todos se pusieron de pie y lo alentaron:

–¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Métela!

Y cuando pasó la línea de gol, la exclamación fue unánime:

–¡Gooooooooool!

Todos aplaudíamos a rabiar. Gabriel comentaba con acento uruguayo:

–¡Se pasó! ¿Viste? ¿Viste? ¡Cómo movió la máquina! ¡Pero qué fenómeno!

Todo el estadio comenzó a corear:

–¡Otro gol! ¡Otro gol!

Y estaba de nuevo a punto de entrar en el arco, nosotros de pie, en suspenso, a la expectativa para corear el gol, cuando hizo un movimiento brusco con la cortadora, se desvió y salió por el lateral.

Casi se vino abajo el estadio de una tremenda rechifla.

–¡Vendido!

–¡Te diste vuelta la camiseta!

Luego, aplausos y risas. Después, silencio.

Un oficial había salido a la marquesina y por el micrófono comenzó a leer una lista de detenidos que debían presentarse inmediatamente en el disco negro porque salían en libertad.

Roberto estaba entre ellos.

Lo abrazamos, y a las cuatro de la tarde, en un grupo de treinta prisioneros, comenzó a caminar desde el disco negro

en dirección a la puerta presidencial. Todos nos pusimos de pie para despedirlos cantando, acompañados por el coro que había formado y dirigía Vicente Sota y que todas las tardes entonaba diferentes canciones para levantarnos el ánimo –entre ellas el “Himno de la Alegría”–. ¿Pueden ustedes imaginarse a un millar de presos en esas condiciones cantando a voz en cuello: “En que los hombres volverán a ser hermanos. Ven, canta, sueña cantando...”? Era emocionante. De lejos veíamos la barba y el pelo blanco de don Vicente, que con un entusiasmo envidiable, con amplios movimientos de los brazos como un maestro de orquesta, hacía subir el volumen de las voces hasta que los otros sectores se contagiaban y todos los prisioneros cantaban.

En esta ocasión se le cantó a los que salían en libertad una canción del malogrado cantante español Nino Bravo. No recuerdo todos los versos:

“Libre,
como el sol cuando amanece
yo soy libre
como el mar
Libre
Como el ave que escapó de su prisión
Y puede al fin volar
Libre...
Piensa que la alambrada sólo es
Un trozo de metal
Libre...

Antes de salir, los que dejaban de ser prisioneros iban arrojando con rabia sus frazadas a la pista de ceniza y algunos levantaban el puño en alto, un breve y fugaz instante.

A eso de las cinco, cuando Lizzul regresaba al camarín, le avisaron que había venido un oficial de civil a buscarlo.

–Que no se mueva de aquí –había dicho–. Regreso por él.

Lizzul especulaba las más funestas posibilidades: otro interrogatorio, ahora lo iban a fusilar, traslado a la cárcel.

Al poco rato, apareció el civil en la puerta.

–¿Marino Lizzul Coppe?

–Sí.

–Acompañeme.

Lo hizo entrar a un despacho junto a la marquesina, llamó a un fotógrafo para que lo retratara de frente y de perfil con un número que Lizzul debía sujetar a la altura del cuello, y lo hizo firmar una declaración que señalaba que se encontraba en perfectas condiciones de salud y que en ningún momento había peligrado su integridad física.

–De un momento a otro vendrá el cónsul a recogerte –le dijo.

–¿El cónsul? –dudó Lizzul, que ya no creía en nada.

–Sí. Lo acabamos de llamar por teléfono.

–¿A qué hora viene?

–En cualquier momento.

“No me vayan a joder ahora con el cuento del cónsul” –pensó Lizzul.

–Parece que no estás muy contento. No te quieres ir, ¿ah? ¡Parece que te gustó el estadio!

–Bueno, no mucho.

–Entonces, ¡cambia de cara!

Después de recomendarle que no se metiera de nuevo en política porque le podría ir mucho peor, lo dejó ahí esperando. Lizzul le pidió permiso a un soldado para ir a recoger una chomba que había dejado secando, porque se iba en libertad. Fue el pretexto para ir a despedirse de mí.

–Si salió Roberto, deberás salir tú también –me dijo.

–No creo –le dije.

–¿Por qué?

Entonces le expliqué:

–Isabelita, ¿te acuerdas?

–Cómo no me voy a acordar.

–Bueno, es tía de Roberto. Tiene un alto grado militar. Trabaja en la Cruz Roja.

–¡Coño! –exclamó.

–Te jodió a ti –proseguí–, porque para ella tú debías ser el malo de la película que metió en problemas a su sobrino. Intercedió para que pusieran en libertad a Roberto, pero no hará lo mismo por mí.

–Pero, ¿por qué? Después de todo no hemos cometido ningún delito.

–No sé. Presiento que es así.

(Algunos meses después tendría la oportunidad de corroborar que estaba en lo cierto al presentir que me esperaban todavía unas largas vacaciones “pagadas” por Isabelita. Cuando fui a la Secretaría Nacional de Detenidos, que funcionaba en el edificio del entonces clausurado Congreso Nacional, a retirar el certificado en el cual consta que estuve detenido, me encontré con ella en la oficina donde los expedían, y me dijo:

–Que esto te sirva de lección. Para que nunca más te metas en política.

“¡Vaya lección!”)

–Bueno –nos abrazamos con Lizzul–. Me tengo que ir. Ciao. Nos vemos en Italia.

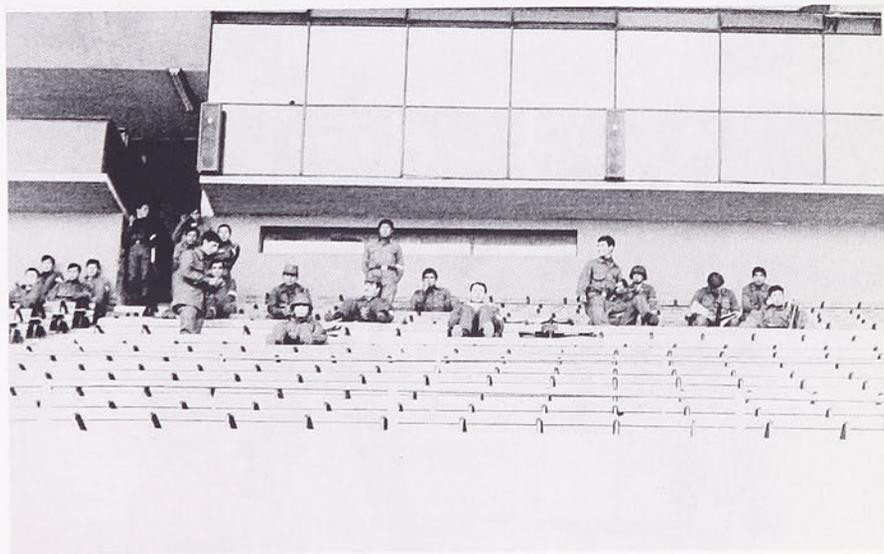
–Sí, para el mundial de fútbol –bromeé–, ciao. Manda una cartolina.

En la puerta presidencial ya lo estaban esperando Roberto Toscano y De Mazi, funcionarios de la embajada italiana en Chile.



Cancha, graderías y caseta de transmisión del coliseo deportivo, recinto de reclusión.

Día de visita y soldados en descanso.





A las afueras del estadio: familiares de los reclusos, militares armados.





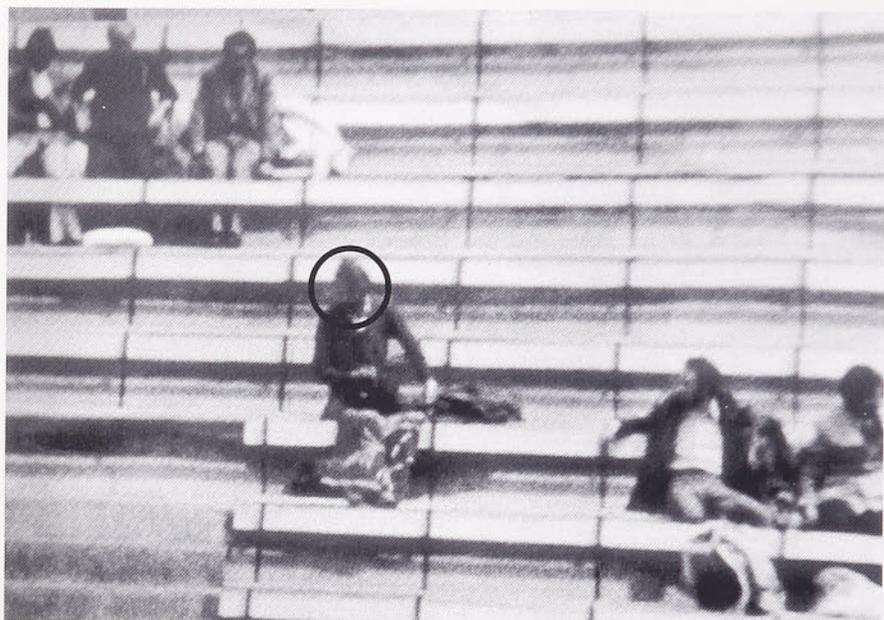
Mujeres. Unas ingresan prisioneras; otras visitan a sus padres, hijos, esposos, hermanos...





El día de visita. Entre rejas: las manos, el beso.





“(Lira) le indicó a Lizzul que se sentara en un escaño y lo esperara. Me lancé graderías abajo y le comuniqué que no había delatado a los amigos que le habían dado refugio” (64).



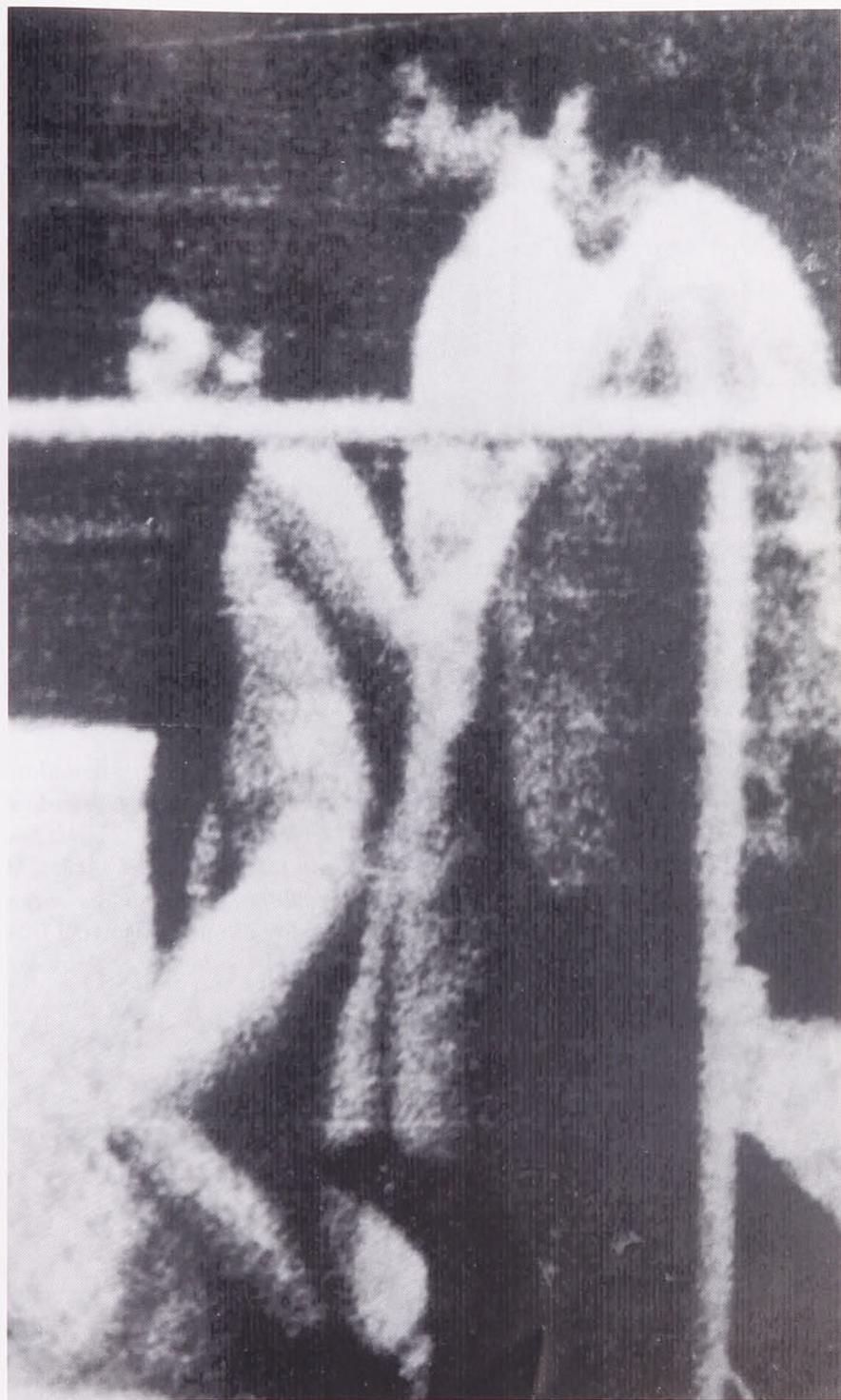


*Se llevaron a Lizzul a interrogatorio y a los de su grupo les ordenaron encapucharse.
¿Qué querían evitar que presenciaran?*





“(Al lumpen) Lo tenían completamente desnudo. Para que pudiera mantenerse en pie, lo sujetaban dos civiles” (80).



“Me sentía como un caracol metido en su caparazón” (80).



Entre los prisioneros sentados: arriba, el cuarto de izquierda a derecha es Marino Lizzul. Según Lizzul, abajo, el tercero de izquierda a derecha es Jorge Godoy, último ministro del Trabajo del gabinete de Salvador Allende.

MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL
COMISION NACIONAL DE DETENIDOS
Secretaría Ejecutiva Nacional

C E R T I F I C A D O
=====

Certifico que el ciudadano Roberto Rojas
Cozzi Figueroa, Céd. de Identidad N°
13628 de Granadina, permaneció en el Estadio
Nacional y Campamento de Detenidos de Charabuco
desde el 27-9-73 hasta el 11- Enero 1974.

SANTIAGO, 21 Enero 1974.



TCL.
Jefe Depto. Administrativo

"Cuando fui a la Secretaría Nacional de Detenidos, que funcionaba en el edificio del entonces clausurado Congreso Nacional, a retirar el certificado en el cual consta que estuve detenido, me encontré con Isabel en la oficina donde los expedían, y me dijo:

-Que esto te sirva de lección. Para que nunca más te metas en política.
"¡Vaya lección!" (100).



Junto a tres de mis cinco hermanos en la comida de bienvenida, algunos días después de salir en libertad de Chacabuco (Adolfo Cozzi, a la derecha).

Epílogo

YO ME QUEDÉ. Un mes más todavía. Un mes en el que la vida, a pesar de la incertidumbre, tomó un ritmo de rutina, en la que tal vez el factor más relevante fue el hambre. La ración de café de higo con un pan en la mañana y el tazón azul de porotos, garbanzos o lentejas con otro pan, a eso de las cuatro de la tarde, era insuficiente, y paulatinamente me fui debilitando. Tuve que disciplinar mi cuerpo, aprendí a masticar lentamente hasta hacer una papilla en la boca para que el organismo gastara la menor cantidad posible de energía en digerir. También debí regular metódicamente todas las horas de la jornada según las actividades que desarrollaba. Iba al baño una sola vez al día ya que el esfuerzo de subir los cien escalones de las graderías era considerable y debía hacerlo lentamente, paso a paso, afirmado en la baranda, como un viejo, para no marearme.

Una mañana llegaron una docena de cadetes de la Escuela Militar que se esparcieron por las graderías a conversar con los presos. Uno de ellos se sentó al lado mío. Parecía sinceramente preocupado por indagar cómo estábamos, en qué condiciones, qué trato se nos daba.

–¿Tienes hambre? –me preguntó.

–Sí.

–Ven.

Me llevó arriba, cerca de las casetas de los locutores, donde se cocinaba para los oficiales. Rápidamente le dio instrucciones a los cocineros para que me sirvieran un bistec, verduras, frutas y todo el pan que quisiera. Después llegaron otros cadetes con otros presos. Los cocineros recibían las órdenes de los cadetes y parecían contentos de cumplirlas, porque se esmeraban. Comimos, nos repetimos el plato, guardamos en nuestros bolsillos pan y fruta, y lo más importante: el trato que me dieron los cadetes, de igual a igual, expresándome su simpatía. Daba la impresión de que no les gustaba lo que ocurría, que hubiera presos en el estadio pasando hambre, que se nos hubiera maltratado.

–¿Y dónde estudias? –me preguntó uno.

–En la Universidad Católica.

–¿Y qué estás haciendo aquí?

–Eso es lo que quisiera saber yo.

Lo que más me llamó la atención fue que parecía no preocuparles lo que la superioridad opinara de la acción que estaban desarrollando; era como si les hubieran dado plena libertad. Se despidieron dándonos aliento y de manera tan sincera que hasta el día de hoy tengo por ese episodio un recuerdo de simpatía.

Pasaba horas enteras sentado en las graderías deshilachando la frazada de la República Federal Alemana, sacando de su trama interior largos hilos de colores, rojos, azules, verdes, amarillos, naranja, violeta, cafés, rosados, trenzándolos y tejiendo con ellos cordones de zapatos, cinturones, brazaletes, collares. ¿Cómo era posible –pensaba–, hacer frazadas tan grises con hilos tan multicolores? Una mañana estaba afa-

nado en esta labor cuando me llamaron al disco negro. Me sorprendió, pues desde que se habían ido Roberto y Lizzul nadie había preguntado por mí, ni para bien ni para mal, me sentía completamente abandonado. Era un alto oficial, tal vez un general, que me preguntó si yo era efectivamente Adolfo Cozzi, que cómo me encontraba, que había venido especialmente al estadio para cumplir la misión de informarse si yo me encontraba vivo y bien. Le pregunté quién le había encomendado esa misión y si él sabía algo con respecto a cuánto más permanecería detenido, pero me dijo que de lo primero no me podía informar y que de lo segundo no sabía nada. Misterio. Tiempo después llegaría a la conclusión de que esa visita fue resultado de las gestiones que realizó en mi favor don Óscar Fenner Marín, padrastro de un compañero mío de colegio, del Grange School. De esta forma, don Óscar comprometía a un alto oficial en el conocimiento de mi existencia en el caso de que se estuviese resolviendo una posible desaparición de mi persona. Inteligente y bien informado, don Óscar preveía posibles escenarios y tomaba medidas para restringir la posibilidad de un fatal desenlace.

El día entero lo pasaba sentado en las graderías matando el tiempo. Allí, una vez, algo que me entretuvo mucho fue una página del diario *El Mercurio* que circuló entre los detenidos. Aparecía una foto de los prisioneros de la isla Quiriquina. La leyenda de la foto decía algo así: “Sonrientes, los presos recibieron a la prensa y destacaron el buen trato recibido por parte de las autoridades”. Sin comentarios.

También distraía las horas conversando con otros presos, entre ellos, Aguayo –quien me enseñó a trenzar–, Manuel Cabieses, el doctor Romilio Espejo y Capdevila. Estos dos últimos del Instituto de Investigación Tecnológica, a quienes hasta el día de hoy agradezco haberme ayudado a mante-

ner el ánimo en alto con increíbles demostraciones de generosidad. Capdevila y Cabieses recibían de manera bastante rutinaria paquetes con alimentos y siempre repartían todo con los que estábamos ahí, sin dejar nada para sí.

La verdad es que entre los presos se producían hechos de extraordinaria solidaridad. Una tarde, mientras jugábamos a las cartas encerrados en el camarín porque estaba lloviendo, llegó un soldado que traía un pequeño paquete para uno de los presos. Era un sándwich de queso. De inmediato decidió dividirlo en tantas partes como jugadores. Y éramos 106. No fue fácil, hubo que hacer cálculos matemáticos, divisiones y subdivisiones que parecían no tener fin. Pero al cabo, todos recibimos un minúsculo pedacito de pan y queso, una miga.

—¿Se le ofrece otra porción, compañero?

—No, muchas gracias, compañero, ya estoy satisfecho, y si como mucho me dan pasadillas de noche.

Estallaron risas. Era verdad. En cierto modo nos sentíamos más satisfechos que si hubiéramos comido cada uno una parrillada. Y para celebrar el acontecimiento, como buenos chilenos a los que nunca nos faltó el buen humor, nos pusimos a cantar el “Patito Chiquito” que alguien había preparado para esa ocasión:

“El patito chiquito no quiere ir al mar
porque en agua salada no puede nadar

Al patito lo llamaron a almorzar

Y el patito así decía:

—¡Quiero comer curanto con chapaleles...!”

Me acuerdo que entonces pensé que si Jesús realizó el milagro de multiplicar el pan, que en el fondo es lo que hace la naturaleza cuando de un grano da mil, los hombres sólo podían realizar el prodigio de dividirlo entre ellos.

Y esta referencia a Jesús se conecta con la experiencia que tuve en el velódromo, antes del interrogatorio, cuando debí permanecer horas de rodillas con las manos en la nuca. En un momento de delirio durante el suplicio, vi el Estadio Nacional como una versión moderna del Coliseo Romano. Tuve la fugaz pero cierta impresión de que finalmente se me estaba flagelando sólo por el hecho de ser cristiano, que ése, y no otro había sido el motivo final por el que se me persiguió; porque así, después de todo, me lo dejó en claro la voz extremadamente amable que me hizo sufrir la más feroz de las torturas: estar horas y horas de rodillas.

El último día de nuestra estadía en el estadio hubo visitas. Yo estaba sentado en uno de mis lugares acostumbrados, bajo la marquesina, y vi entrar a un centenar de parientes que venían a despedirse de sus seres queridos, porque íbamos a ser trasladados.

De repente vi a mi padre. Venía por la pista de ceniza, mirando para todos lados. Me levanté y comencé a bajar lentamente los escaños, preguntándome si tendría tiempo suficiente hasta llegar abajo antes de que me viera, y que no notara mi dificultad para caminar a causa de la debilidad que sentía, porque no quería darle ningún motivo de pena ni de preocupación. Llegué abajo contra la reja y le grité haciendo señas. Mi padre me vio y apuró el paso.

-¿Cuándo te liberan? -fue lo primero que me preguntó.

-No lo sé.

-Pero, ¿te liberan, no?

-No. Parece que nos van a trasladar.

-Pero, ¿por qué? ¿Adónde?

-No sé.

La verdad es que nuestros carceleros tenían una gran habilidad para mantenernos siempre en total incertidumbre

con respecto a nuestra situación. Aparte de rumores, nunca se sabía nada concreto.

En ese instante llamaron a comer. Mi padre miró alrededor suyo y continuó preguntando.

—¿Adónde te trasladan?

—Hay rumores de que al norte, a un campo en una salitrera, pero sólo son rumores. Trata de informarte por otro lado.

—Pero, ¿por qué? ¿Te acusan de algo?

—No sé.

—Pero, ¿de qué te acusan?

—De nada. No me han hecho ningún cargo.

—Pero, ¿qué pasó?

—Fuimos a buscar unos libros que nos habían regalado y nos detuvieron. Eso es todo.

—Sí, sí. Te creo. Pongo las manos al fuego por ti. Eso mismo afirma don Óscar Fenner.

Llamaron de nuevo a comer. Miré hacia arriba, preocupado por mi tazón azul de lentejas o porotos; mi padre me siguió los ojos. Tal vez adivinando la disyuntiva en que me encontraba, quedarme sin almuerzo por privilegiar la visita de mi padre, el soldado que nos custodiaba le gritó a mi progenitor:

—No se preocupe que le vamos a guardar.

Mi padre le hizo una seña de agradecimiento y continuó:

—¿Cómo te tratan? ¿Cómo te han tratado?

—Bien —mentí.

—¿Cómo es la comida?

—Bueno, rancho de regimiento.

—¿Buena?

—Ya viste cómo se preocupan por nosotros —le dije indicándole la amabilidad que había manifestado el soldado, con

el propósito de hacerle lo más leve posible nuestro encuentro. Y aunque lo natural hubiera sido querer abrazarlo, llorar con él, manifestarme de alguna manera, del mismo modo que otros prisioneros demostraban su afecto hacia el familiar que los visitaba, en ese momento era absolutamente incapaz de reconocer, de asimilar, de aceptar y, menos todavía, de expresar lo que me estaba pasando. En ese entonces yo interpreté ese bloqueo interior como entereza, mas con el tiempo he comprobado que era desarraigo.

–Hijo, ¿qué puedo hacer?

–No sé. Lo que puedas.

–Nos hemos puesto en contacto con mucha gente, y nada, ningún resultado. Don Óscar sigue haciendo gestiones por ti. ¿Recibiste un paquete de ellos?

–Sí, un libro de Maupassant y un saco de dormir.

–No entiendo –dijo mi padre–. No sabemos por qué te trasladan, por qué no te liberan si a los otros ya los soltaron.

–No te preocupes. Sólo es cuestión de tiempo. Ya pasó todo. Créeme.

–No puedo dejar de preocuparme.

Se le cayeron unas lágrimas. En ese momento me apoyé en la reja porque tuve un mareo y él aprovechó de tocarme los dedos. Yo revisaba en mi interior y no sentía nada, ninguna emoción. Estaba más preocupado de mi tazón azul y de mi único pan del día. Algo –que ahora me da rabia cuando me acuerdo– me distanciaba definitivamente de él y del mundo. De algún modo yo estaba muerto. Como si me hubiesen arrancado de cuajo el alma, extirpado la pasión de vivir. Dentro de mi desesperación había una fosa vacía, silenciosa y oscura que reclamaba a gritos su cadáver.

–Está bien –le dije–. Todo está bien así.

–¿Qué? –mis palabras le habían causado extrañeza.

–¿Cómo están mis hermanos? –cambié de tema.

–Sin novedad.

–¿Y Roberto?

–Ahora bien. Creo que fue a un psicólogo después de salir. ¿Por qué no te sacan a ti? ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué necesitas?

–Nada –dije mirando al soldado que sostenía en su mano mi tazón azul.

–Anda a comer. Se te va a enfriar.

–Sí, voy. Gracias por venir. Chao, papá.

–Chao, hijo. Cuídate.

–Aquí estoy bien cuidado –le dije irónicamente, señalando al soldado. Es cuestión de tiempo para que me liberen. Créeme.

–Es lo que todos esperamos.

–Dale saludos a todos.

–Chao, hijo.

–Chao.

Lo vi alejarse. Desde la puerta presidencial me hizo un último saludo con la mano, desapareció, y me abalancé a mi pan y a mi tazón azul de lentejas.

–Señores –nos habló al día siguiente Espinoza, el comandante del Estadio Nacional, antes de que abordáramos una caravana de buses custodiada por un despliegue impresionante de tanquetas, jeeps con ametralladoras y helicópteros que sobrevolaban a baja altura–. Ustedes se dirigirán ahora a Valparaíso, dónde serán embarcados y puestos a disposición de la Armada Nacional. Mi responsabilidad es que todos ustedes lleguen en perfectas condiciones hasta allí y por eso he tomado todas las medidas de seguridad convenientes. En el puerto también estaré presente para despedirme de ustedes. Buenos días, señores.

En Valparaíso abordaríamos un viejo barco salitrero, el “Andalién”, en cuyas bodegas navegaríamos durante tres días

hasta el puerto de Antofagasta, desde donde se nos trasladaría en tren hasta el campo de concentración de Chacabuco.

Pero ésa ya es otra historia.

Este libro se terminó
de imprimir en
Andros Impresores
en septiembre de 2000

LIBRO DE REGISTRO
DE INGRESOS
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL
28 SEP 2000
DEPOSITO LEGAL
SECC. CHILENA

En esta obra el autor expone el testimonio de su permanencia como prisionero en el Estadio Nacional, entre el 27 de septiembre y el 11 de noviembre de 1973. La ausencia de cargos en su contra no lo libró de sufrir vejación, desarraigo y hambre.

Estadio Nacional es un nuevo título de la Colección Crónicas y Testimonios de Editorial Sudamericana.

Últimos títulos de la Colección Crónicas y Testimonios

Bucarest 187
Patricia Verdugo

*Augusto Pinochet: diálogos con
su historia*
María Eugenia Oyarzún

Chile: una democracia tutelada
Felipe Portales

Difícil envoltorio
Mónica Echeverría

*Misión argentina en Chile
(1970-1973)*
Juan Bautista Yofre

*La caravana de la muerte: pruebas
a la vista*
Patricia Verdugo

Con sólo 19 años, Adolfo Cozzi fue arrestado el 27 de septiembre de 1973 por Carabineros de Chile y luego puesto a disposición de las Fuerzas Armadas en el Estadio Nacional, convertido entonces en recinto carcelario. Esta reclusión sin cargos mantiene al autor detenido durante un mes y medio, tiempo durante el cual sufre amedrentamiento, tortura y vejaciones.

Nuestro principal coliseo deportivo es el escenario de este hecho histórico que ha quedado registrado no sólo en quienes estuvieron allí, sino también en múltiples testimonios fotográficos indesmentibles, y que permanecerán a través del tiempo, mudos y acusatorios.

Las graderías que hoy nos ven exaltados frente a espectáculos de deporte son las mismas antes profanadas por la violencia, aquellas que sostuvieron el leve peso de los cuerpos ultrajados de los prisioneros: público involuntario, protagonistas indefensos del horror.

Estadio Nacional representa otro remezón a la precaria conciencia que guardamos de nuestra historia reciente. Se impone como un verídico e inmenso grano de arena que, en palabras del propio autor, aporta a la reconstitución de la magna tragedia histórica que vivió Chile.

CONMOVEDOR RELATO DE UN JOVEN PRISIONERO



9 789562 621106

